



No.1
Año 2015

«Yo no sé qué misterio de ternura tiene esta dulcísima palabra, ni qué sabor tan puro sobre el de la palabra misma de hombre, que es ya tan bella, que si se le pronuncia como se debe, parece que es el aire como nimbo de oro, y es trono o cumbre de monte la naturaleza! Se dice cubano, y una dulzura como de suave hermandad se esparce por nuestras entrañas...»
José Martí

Con *Se dice cubano* aspiramos a crear un espacio más para el pensamiento martiano y marxista, para la crítica y el debate rebelde, en tiempos en que crece entre nosotros el influjo de lo que Frei Betto ha llamado “globo-colonización” por la industria hegemónica de la desinformación y el entretenimiento.

Justamente en el año 1958, al final del recorrido estremecedor de *Lo cubano en la poesía*, Cintio Vitier dejó testimonio del mayor peligro que a su juicio tenía nuestra identidad como nación: “la más sutilmente corruptora influencia que haya sufrido jamás el hemisferio occidental”: el “american way of life”, que se caracteriza por “desustanciar desde la raíz los valores de todo lo que toca”.

El triunfo de Enero detuvo aquella oleada denunciada por Cintio, levantó una República libre y digna sobre las ruinas de la colonia envilecida y llevó adelante en el campo de la educación y la cultura una extraordinaria transformación emancipadora.

Hoy, más de 55 años después, la batalla continúa y es más compleja. *Se dice cubano* pretende sumarse modestamente a las fuerzas descolonizadoras que defienden nuestros valores de quienes pretenden “desustanciarlos” y vaciarlos. Es también un acercamiento desprejuiciado a las “nuevas tecnologías”, en un intento por diferir la robotización caótica de nuestras almas.

Es ésta, finalmente, una tribuna abierta a la cubanía, al patriotismo, y a la cultura. Un espacio para el vuelo libre del colibrí sobre el arroyo de la Sierra. Con todos y para el bien de todos.

Eusebio Leal:

Por Magda Resik Aguirre

¿Puede el perro caliente vencer a los rusos?

Por Marcos Behmaras (Introducción René González Barrios)

La peor guerra de la que fui corresponsal

Por Pedro Prada Quintero

Problemas de la Cultura Cubana

Por Graziella Pogolotti (*)

Revolturas en la marea

Por Rolando Pérez Betancourt

No es posible ser ciego

Por Fernando Martínez Heredia

Redes sociales: Preocupación no, sino ocupación por la nube.

Por Paquita Armas Fonseca

Natalia Bolívar: “Estados Unidos no ha soportado que los cubanos mantengamos unos principios por los que se luchó”

Por Paula Echeverría

Los videojuegos: Realidad 2.0

Por Félix Manuel González Pérez, estudiante de Periodismo

ESPECIAL

Cuba: una vieja página en la agenda política de Estados Unidos

Por Ernesto Limia Díaz

Eusebio Leal:

Por Magda Resik Aguirre

En su pasión por el patrimonio se evidencia un compromiso raigal con Cuba. Al Historiador de Ciudad de La Habana se le asocia con esa entrega abnegada a un proceso de rescate de los valores históricos de la nación que trasciende fronteras y deriva en influencia beneficiosa para quienes a lo largo del país también se emplean a fondo en preservar lo que fuimos y nos distingue hoy.

No se puede ir al futuro si no desde el pasado. Afirmación reiterada en muchas de sus intervenciones públicas porque todo el tiempo no le alcanza para promover lo que a su juicio debe instalarse en nuestras conciencias y sostener la práctica cotidiana: “la desmemoria es condición consustancial al subdesarrollo”.

Hombre de la cultura, valora hondamente el papel de ésta en el desarrollo social y humano y en la afirmación de una conciencia nacional necesaria para la resistencia ante el empuje desmesurado de un patrón global de consumo cultural. Eusebio Leal anhela una creciente y necesaria prosperidad material pero sobre todo espiritual para Cuba, no como utopía irrealizable, sino como única salida a la sobrevivencia patria que tantas vidas y esfuerzos cobró a sucesivas generaciones.

Recientemente le escuché decir: “construyéndose una tradición que va del pasado al futuro, nos

empleamos a fondo en el Centro Histórico de La Habana. Usted ha intentado por todos los medios, y contra viento y marea, salvaguardar el patrimonio de la nación. ¿A qué se debe que haya insistido tanto en eso?

Hoy existe una categoría que es el patrimonio inmaterial, que es lo que flota sobre el ambiente, lo que forma parte de la memoria. Esa memoria se ha hecho piedra, se convirtió en carne, en músculo, en sangre de un país. Y hay también la memoria de la gente que ha construido todo eso.

Empecemos por los que han trabajado, los que han construido, los que han ideado, los que soñaron en estos espacios y crearon el ser nacional. Para mí entonces es importantísimo no que me vean como un embalsamador de la realidad, ni como uno que se ha detenido en el tiempo; para mí no todo tiempo pasado fue mejor, pero afirmo categóricamente que no se puede ir al futuro sino desde el pasado. Esto es importante. Conocer bien el pasado, ver lo que hay de perecedero y lo que hay de perdurable, lo que se conserva, lo que prevalece... es lo que trato de hacer.

¿Cómo puede entonces la sociedad cubana combatir esa influencia, diríamos -que hay quien le llama colonizadora, hay quien le llama globalizadora- que pretende someter la cultura propia en aras de una suerte de internacionalización de lo que debemos consumir culturalmente?

Martí se adelantó a su tiempo cuando afirmó categóricamente: "Patria es humanidad." Sin embargo, somos una cultura insular, siempre miramos al mar, de ahí lo hemos esperado todo: de ahí llegaron los aborígenes, de ahí llegaron los colonizadores, los esclavos, las distintas migraciones, y finalmente se establecieron esas relaciones en las cuales el mar, más que separar, une.

Siempre aspiramos a formar parte de la realidad política y cultural de nuestro continente, pero en realidad de historia de América se sabe por lo general poco; se conocen nombres, personas, acontecimientos, pero la trama, esa trama que hizo nacer un continente, un mundo tan singular y tan distinto al que existe en otras latitudes conforma nuestra aspiración más íntima.

Por tanto, ir de lo general a lo particular, ir de la historia de América a nuestra historia, y al mismo tiempo no rechazar nunca, sino saber interpretar las claves del conocimiento universal, es importantísimo.

Recuerdo las palabras, que siempre se repitieron, de la necesidad de una cultura general e integral. Esto es clave. La cuestión, en última instancia; el debate, en última instancia, es cultural, y hay tres escenarios: la familia, la escuela y la sociedad. La familia como núcleo en el cual ya herederos, padre, madre y abuelos de una tradición, la legan a su descendencia; la segunda, el maestro, que es al que le toca darle cuerpo a esa naturaleza e inducirlo en el camino de la vida.

Cuba tiene una tradición pedagógica poderosa, expresada en Luz y Caballero, que fue quizás, como dijo de él Manuel Sanguily: una flor nacida en un estercolero, en medio de una sociedad esclavista y carente de todo derecho, dijo en palabras más o menos exactas: el que tenga al maestro tendrá a Cuba. Y el tercer elemento es la vida social, es el comportamiento, su relación con el mundo de la cultura, su relación con su patrimonio material y espiritual.

Cuando en su tiempo habla de Maceo como el paradigma de la acción, Martí señala la equivalencia entre el pensamiento y la mano. No es posible diferenciar eso, ¡no es posible!

Dulce María Loynaz me decía que mientras más conocía la historia de Cuba más amaba a Maceo. Maceo es un símbolo muy importante para la juventud cubana, porque era un ser humano, como Céspedes, como Agramonte... un ser falible, pero al mismo tiempo, un hombre que alcanzó un grado de refinamiento, que es importantísimo. La vulgaridad no puede considerarse un atributo del pueblo, más bien es su degeneración. No fumaba, no bebía, hablaba en voz baja, se vestía con pulcritud. A alguien le escribe que, con una confianza plena en el destino de Cuba y en la lucha armada, no olvidase nunca traerle agua de colonia y pañuelos blancos.

A mí siempre me llamó la atención esto, y me dije: "No es compatible la revolución con la chabacanería, con la cultura marginal. Todo eso hay que superarlo."

Alfredo Guevara, que fue maestro de generaciones, solía afirmar siempre que no le gustaban las élites, pero sí defendía a capa y espada las vanguardias. Y las revoluciones -afirmó otro gran revolucionario- las hacen las vanguardias selectas y aguerridas, y detrás entra el pueblo.

Leal, habitualmente se suele asociar el entretenimiento con lo ligero, - y ya que usted estaba hablando de banalidad -, con lo banal. ¿Qué contrapropuesta podríamos desplegar, ante esa reducción del momento de ocio, de entretenimiento de un ser humano ajeno a los valores culturales verdaderos, a un proceso más creativo y más de fomento del conocimiento?

Bueno, Magda, no te voy a engañar, no te puedo engañar. No vivo perennemente en trágicas lecturas.

A Dulce María -y la cito siempre porque vivimos al lado, y tuvimos una proximidad que duró mucho tiempo- se le atribuyen estas palabras: "Qué horror, me estoy muriendo y sigo pensando." Es decir, yo pienso siempre; pero cuando trato de desconectar de las álgidas jornadas cotidianas de pensar y hacer, eso que llamamos banalidad puede complacerme; es decir, hay un momento en que trato de ver cosas que siempre tienen un contenido, pero que no son tan fuertes, no sea que nos hagamos tan refinados y vanguardistas, que nadie entienda nada, ni siquiera en nuestra casa. Entonces, no tengo temores en ese aspecto.

Me parece que hay que tener una formación sólida, que la cabra siempre tira al monte; que en la profesión, cualquiera que esta sea, mientras más integral y humanista seas, mejor. Es decir, tú eres periodista, pero eres una mujer de la cultura, y eres una persona que tienes el universo más amplio y más contemporáneo de los medios, y te relacionas en la UNEAC con la intelectualidad; y en la calle, con todo el mundo; en tu casa, con tu familia, tu padre es médico; quiere decir, escuchas múltiples lenguajes, y de esos múltiples lenguajes sacas el tuyo propio. La sociedad sería muy aburrida si todos fuéramos como tal. Pienso que la sociedad tiene que ser muy amplia, y que si hemos luchado tanto por la libertad, tenemos que luchar por la singularidad y por la

pluralidad.

En el caso de José Martí, generalmente se le cita, se buscan frases apropiadas para el momento específico. Todo el mundo acude a él y a veces no se le conoce con verdadera hondura, ¿pero cómo acudiría al Apóstol en los tiempos que corren el Historiador, que conoce profundamente su ideario y pensamiento?

Toma un plato maravilloso, tíralo al suelo, y después trata de interpretar los fragmentos. Esto ocurre con la obra de Martí. El que quiera conocer a Martí, tiene que leer a Martí; no se puede tomar permanentemente fragmentos. Como a Luz y Caballero. ¿Se le va a interpretar solamente por los aforismos? No es posible. Tú tienes que conocer la obra de Luz, su obra pedagógica, su obra filosófica, verlo dentro de su familia, de su contexto histórico; qué quiso ser, qué fue, cómo vivió, cómo murió, cómo influyó su familia en su destino.

Entonces, primero, Martí es muy joven, Martí muere a los 42 años; a los 39 está fundando un partido político de unidad nacional, está fundando un periódico en una ciudad cosmopolita como Nueva York, donde los cubanos habían formado una sólida colonia y se expresaban a través de octavillas, diversos periódicos. Tuvo grandes confrontaciones.

Siempre digo que hay que escalar a él por diversos caminos. Me encantan sus versos libres, como a él le gustaban; me encanta su poesía amorosa, me fascinan sus cartas. Agradezco mucho a Juan García Pascual, un gran cubano, que nos haya mostrado, por ejemplo, un epistolario de respuestas de Martí, quiere decir, las cartas que Martí recibió, lo cual retrata un poco ese diálogo interrumpido que, en el epistolario, solamente vemos de él hacia los demás. Me interesa mucho el Martí hombre, tal y como lo describe Gonzalo de Quesada. Y tomo unas palabras de Martí que son impresionantes: "No bien nace, ya están en pie, junto a su cuna con grandes y fuertes vendas preparadas en las manos, las filosofías, las religiones, las pasiones de los padres, los sistemas políticos. Y lo atan, y lo enfajan; y el hombre es ya, por toda su vida en la tierra, un caballo embridado."

Martí fue el paradigma del pensamiento libre. Nacido de español y de española, nacido pobre, a diferencia de otros Padres de la independencia de Cuba, asombra que su proyección y su discurso no nacieron del rencor; nacieron de un sentimiento de comprensión y hasta de piedad para sus padres.

Con el mayor respeto y con la cabeza descubierta te diría que doña Leonor no entendió nunca su vocación política, como otras madres, lo cual lo inclina a pensar siempre en su madre con doloroso y pasivo sufrimiento. En la medida en que ella pierde la vista y la capacidad de leer sus cartas, tienen que leerlas, y su incapacidad para poderlas escribir, después que él con mucho sacrificio la lleva a los Estados Unidos, ella entiende un poco más su destino; el padre lo entendió más.

En la película de Fernando Pérez se ve con nitidez, se retrata, uno de los momentos más dramáticos, cuando un niño, un muchacho adolescente, enclenque, extremadamente débil, es llevado a una prisión bárbara y sometido al dolor ominoso de un grillo de hierro que lo laceró para siempre. Y se ve el abrazo del padre; del padre que, siendo militar y siendo español, nunca fue Voluntario, a pesar de la solicitud de sus amigos y de la gente. Todo eso contribuyó a la formación de Martí. Contribuyó mucho el pensamiento juvenil de Mendive, que era un alumno del Colegio de San Carlos y San Ambrosio de la época más gloriosa, del Seminario; contortulo de otros maestros, como Anselmo Suárez y Romero, que tanto influyó también sobre la vida de Martí, un antiesclavista, autor de una linda novela, entre otras obras.

Pero hay que leer a Martí. No se le puede fragmentar; no se le puede, a nuestro antojo, tomarle como muletilla ni como exergo.

¿Y de qué modo sí se le puede tomar?

Creo que Martí es algo más. Vamos a hablar con sinceridad: hay un determinado momento en que se dice que Martí es casi un socialdemócrata de su tiempo. Todo es casi una blasfemia. Martí fue un revolucionario integral para su tiempo y para todos los tiempos. No fue infalible; hay cosas de su pensamiento y su discurso que pertenecen por completo a su tiempo; pero hay otras cosas, que son el nervio vital de esa idea, que es lo que José Lezama definió como el misterio que nos acompaña. Es una figura omnipresente. Fidel fundamenta, y no lo hace políticamente para complacer a los cubanos, ni para llegar a los cubanos, que estaban permeados de discursos martianos en el año de su centenario, en que agonizaba, en un monumento impopular, en una república que se hundía como una estatua de arcilla. Lo encuentra en la vitalidad de su pensamiento, en su actualidad, en su visión anticipada de la complejidad de la sociedad norteamericana y cómo influiría sobre Cuba el destino de esa gran nación.

Martí vivió en los Estados Unidos más que en Cuba. No presumo, afirmo que tuvo allí grandes amigos; de lo contrario, su obra habría sido imposible. Y no solamente cubanos, también norteamericanos, suecos, irlandeses. Se ve en su obra. Asiduo a las exposiciones, atento al drama social, fue cronista del Primero de Mayo, de las grandes obras de la ciencia y la industria: el elogio del Puente de Brooklyn, o su pensamiento sobre Emerson, por ejemplo, su visión sobre la obra compasiva del padre Flanagan, el drama del asesinato del presidente de los Estados Unidos. Y sobre todo, ve de cerca el surgimiento de una sociedad compleja, nacida de la emigración, y al mismo tiempo ese país, que siempre asombraba por su capacidad de renovación y de modernidad, en comparación con una América en que la victoria de la Revolución se había estancado y luego gangrenado en una institución republicana donde habían permanecido intactos el trono y el altar.

Martí clama --por eso dice que el fiel de las Américas está en las Antillas-- por una transformación profunda, y ve a Cuba con ese destino. No la ve mesiánicamente; la mira como una obra que debía ser ejemplar.

El drama de Cuba era particular. No había, como en el continente americano, una realidad indígena latente y multitudinaria. La realidad de Cuba era la institución ominosa de la esclavitud, y al mismo tiempo una inocencia culpable en una parte del patriado terrateniente, que de pronto es sacudido por una vanguardia, que hace lo que no suele ocurrir en otras partes del mundo: es capaz de despojarse de sus bienes y considerar que la verdadera libertad estaba en la lucha. Es Agramonte, es Céspedes, es Aguilera. Y es también el

desencadenamiento de las clases populares.

Ahora, todo eso se declara perdido en el Pacto de Zanjón, en lo que los españoles llaman El Convenio. A mí me gusta mucho analizar esa etapa porque, aun agonizante, tirada en el suelo, herida de muerte la revolución, solo puede arrancarse un convenio, ¡un convenio! Y en puridad de derecho, solo se puede convenir con uno que no ha sido vencido ni derrotado, uno que, fatigado todavía y herido de muerte, puede imponerle al adversario un pacto. Quiere decir, no pueden aplastarlo.

Y entre la fatiga y el pacto, se impone la figura de Maceo y la Protesta, que no fue la única. Detrás de la de Maceo, viene la de Ramón Leocadio Bonachea en Las Villas con un sentido de insurgencia y desconsuelo, que lleva a Martí a aparecer en 1879 entre los conspiradores de la llamada Guerra Chiquita o Pequeña.

Justo antes de morir, Martí estaba alertándole a Manuel Mercado la necesidad de proteger a Cuba como esa piedra angular de las Américas, y de impedir con su independencia algo más allá. Estamos hablando de una Cuba mucho más contemporánea, esta de la que tratamos ahora, ¿pero en ella usted puede leer símbolos todavía de pervivencia de un pensamiento anexionista, en esta Cuba del Siglo XXI? Ha habido siempre un enfrentamiento, a lo largo de todas las épocas, entre los cubanos patriotas y los cubanos anexionistas. ¿Será esa una eternidad para Cuba, será un debate eterno para nuestro país?

Antes de 1868, era comprensible que no pocos cubanos creyeran que la solución del tema de Cuba, que había quedado postergado en la historia latinoamericana como Puerto Rico, la isla compartida que está al lado, Santo Domingo-Haití... estuviera en la anexión. Este drama en Las Antillas había quedado como un asunto a resolverse luego hasta que se produjo el manifiesto radical de Céspedes el 10 de Octubre de 1868: "Las armas las tienen ellos, vamos a buscarlas, no esperemos más, rompamos las cadenas de la riqueza y comencemos la lucha." Una vez pronunciado ese llamado al combate, el sentimiento de la búsqueda de un camino para Cuba a través de los Estados Unidos era casi un pecado mortal aunque, en la propia Asamblea de Guáimaro, surgió todavía un documento firmado por cientos, que pedían a los Estados Unidos anexarse Cuba.

Ahora bien, ¿hasta qué punto el Padre fundador compartió estas ideas, viéndose en el colofón de la Asamblea ante esta disyuntiva? Su representante personal en los Estados Unidos, José Morales Lemus, se había entrevistado con el Presidente Ulysses Grant, y este le había planteado al representante de Cuba, después de un cabildeo y del pago de gente para lograr la entrevista casi imposible: resistan un poco más y tendrán más de lo que piden.

¿Qué es lo que pedía Cuba? El reconocimiento del carácter beligerante de la Revolución, el reconocimiento de una República de Cuba en Armas, que fue proclamada luego en Guáimaro.

Ahora, en Guáimaro surge este último intento, que se apaga porque ya no existen posibilidades históricas. Quiere decir, el camino de Cuba no podía ser el de ser una estrella más en la constelación americana. Ya había ocurrido el triunfo del Norte sobre el Sur, y ya no era la constelación del Sur, a la que, por la vocación esclavista, algunos pretendieron llevarla.

Existe y ha existido un anexionismo conceptual, que no cree en Cuba ni en su destino. Y había uno, que tenía una forma ingenua, que era una admiración desmesurada por la gran República del Norte, mientras miraban hacia Cuba y la contemplaban sumida en la oscuridad del gobierno militar, de la negación de todo derecho, de la imposición del culto a una sola religión, de la sumisión de la sociedad a un rey extranjero.

Eso quedó como una especie de equivocación permanente en algunos sectores de la sociedad, minoritarios pero influyentes; algunos que se sumaron al carro de la Revolución, victoriosa a pesar de la ocupación norteamericana; y aun a pesar de la Enmienda Platt, aun a pesar de que la República no fue la hija de la Revolución, sino su aborto, quedó un núcleo de sentimiento patriótico, en el cual el pueblo cubano sentiría que su destino era el goce de la libertad plena y absoluta. Y muchos que hasta ese momento habían militado en un partido reformista, como fue por ejemplo el Partido Autonomista, que era una equivocación también permanente, se sumaron sin fe a la República.

De ahí que sea el primer Presidente de la República de Cuba el que Martí escoge entre sus colaboradores. Y hay que decir con toda franqueza, y sin que sea un pecado o una blasfemia de carácter histórico, que Martí se equivoca, escoge al hombre inadecuado. Pero eso nos ha pasado a todos.

¿Usted se refiere a Tomás Estrada Palma?

Sí, Martí era un hombre, como yo y como tantos, un ser humano, y por tanto falible. Pero la información que él tenía hasta ese momento de este hombre era su situación en la Guerra de los Diez Años, Presidente de la República de Cuba en Armas, su exilio, su prisión en las cárceles españolas, su matrimonio con la hija del General Guardiola en Honduras, que lo lleva a convertirse en uno de los prominentes cubanos del exilio en aquel país. Posteriormente, emerge con su familia en Central Valley, donde funda un colegio. Martí, por su pobreza, por su sencillez y por su vocación, le nombra, lo describe como el cenobita de Central Valley. Para él siempre fue Tomasito, el hombre sin aspiraciones, la persona que debía sucederle. Y lo coloca al frente del Partido.

La labor de Tomás Estrada después, difiere profundamente del pensamiento íntimo que él conocía de Martí. Es más, cuando, ya Presidente, es llevado por sus aduladores a buscar la reelección que nadie quería, o muchos no querían, no vacila --ante el levantamiento del partido oponente y ante la descomposición de la sociedad que los norteamericanos habían dejado organizada para cumplir ante el mundo la palabra de que el pueblo de Cuba es y de derecho debe ser libre--, y tan pronto surge la perturbación, realiza lo inconcebible: que el Presidente, usando su facultad, escriba y mande su emisario al Presidente de Estados Unidos para pedirle que envíe inmediatamente los barcos norteamericanos a Cuba, porque él se declara impotente para sofocar la rebelión.

¿Qué le responde el Presidente de los Estados Unidos a Gonzalo de Quesada, el discípulo amado de Martí? Diga al presidente Palma que yo puedo mandar ahora mismo los barcos que me pide, pero que piense en la mancha imborrable que caerá sobre su nombre.

Esa fue la verdad.

Los norteamericanos llegaron a regañadientes, porque no querían venir; ellos lo habían dejado todo arreglado, el país lo tenían en sus manos legalmente, por la Enmienda y por los demás atributos que la Enmienda les otorgaba. Es más: en el monumento derruido a Tomás Estrada hay una imagen de la República de Cuba, sostiene en sus manos un libro de bronce todo que simboliza a la Constitución, y en una punta del libro hay un mordisco como de perro que es la Enmienda. Entonces, esa enmienda pesó como una lápida sobre las espaldas del pueblo cubano, y la revelación posterior de Tomás Estrada en una carta a un amigo íntimo, ya labrando la tierra. Porque Estrada fue en lo puramente económico un Presidente honrado, no robó nada, fue más que austero, cicatero; se toma la anécdota de que hasta el momento en que sale del Palacio Presidencial y alguien le pregunta la hora, da el reloj, porque ese reloj se lo habían regalado en su condición de Presidente y creía que no le pertenecía.

Pero lo cierto también, es que sentía una admiración desmedida hacia Estados Unidos, que revela en esta carta a un antiguo compañero de armas, en la que le dice: “Yo no creí nunca en esa independencia absoluta en que otros creían.” El otro era Martí: una Cuba absoluta y total. Y por tanto, Estrada Palma no comete el vulgar robo del arca pública pero roba algo más importante: la soberanía nacional.

Después de la segunda ocupación norteamericana, ya Cuba no fue igual, se probó que ante cualquier circunstancia volverían, y la historia lo demostró, hasta que un esfuerzo vital en el corazón de la propia república disminuida fue logrando, primero, el Tratado Hay- Quesada que devuelve a Cuba la soberanía sobre su plataforma insular y sobre la Isla de Pinos, pues se habían quedado con ella. Después, les obliga a irse construyendo solamente a la Base Naval de Guantánamo --originalmente querían también Bahía Honda como otros espacios de Cuba--, y finalmente, después de la Revolución del 30 y del estallido popular y de lo que se produjo en aquella circunstancia-- cuando en Estados Unidos había una nueva política hacia el continente americano--, se quita de manera formal el apéndice Platt. Era ya demasiado tarde. Ya no volverán quizás a la descarada un Enoch Crowder, un Benjamín Sumner Welles o uno que viene a imponer lo que quiere el Departamento de Estado; pero seguirán ahí.

Sin ese beneplácito de Estados Unidos la República no podía existir. La que logra romper finalmente esa coyunda es la Revolución, precisamente el mismo día primero de enero de 1959, en que se cumplían 60 años del momento aquel en que los españoles abandonan el Palacio de los Capitanes Generales con unas palabras que fueron proféticas por parte del último capitán general: “...cesa de existir desde este momento, hoy primero de enero de 1899, a las doce del día, la soberanía de España en la Isla de Cuba y empieza la de los Estados Unidos.”

Leal, en los años 60 del pasado siglo - y ya usted estaba hablando del primero de enero de 1959 como un momento de ajuste de cuentas con la historia y toma del poder en favor de la independencia nacional -, Fidel alertaba sobre la filosofía del despojo. A la luz de las nuevas relaciones con los Estados Unidos, ¿cuánto de vigencia puede tener esta alerta, y cuánto la sociedad cubana debe preservar en su diálogo equilibrado, justo, soberano con esa nación?

Lo que está hecho, hecho está. Supuestamente debemos estar preparados, porque tarde o temprano ocurriría. No existen guerras perpetuas, no existen; acuérdate de la antigüedad, de la imagen del caballo de Troya ingresando como un regalo inesperado, que los otros aceptan como el fin de una contienda inacabable. No podemos aceptar el caballo de Troya. Debemos saber que la fábula de la rosa y la espina de la cual hablaba con tanta vehemencia y dolor el poeta Rainer Maria Rilke es una gran verdad.

Creo que la condición antimperialista no implica necesariamente un sentimiento antinorteamericano. Estados Unidos, a pesar del desarrollo imperial de su sociedad, es una gran nación, capaz de producir en el campo de la ciencia, del arte, de la cultura, valores reales. No podemos negar eso, porque negarlo sería favorecer un deslumbramiento como el que tenían los anexionistas de los años 40 y 50, que creían, como le dijo aquel joven a Antonio Maceo en Santiago de Cuba: “Cuba está llamada por el destino y la providencia a ser una estrella más de la constelación.”

Primero, hay que creer en Cuba, en su existencia real y posible, no en el mero pontón de la Roma americana, sino en una Cuba verdadera. Hay que creer que Cuba no fue, como ha dicho algún pensador o algún intelectual extraviado, una invención de Martí: Cuba es una realidad, no solamente un país, sino una patria y una nación, por la cual generaciones se han sacrificado.

Lo importante es tomar en consideración la necesidad de que nuestro discurso se haga potente en la misma forma en que se hace transparente; que el discurso no trate de apagar cualquier sentimiento legítimo de buscar, como quiere el gobierno cubano, como queremos nosotros, una transformación justa y necesaria del país hacia adelante, que se ha definido como un socialismo próspero, como un socialismo sustentable y sostenible, porque Cuba no puede vivir eternamente pensando que de afuera vendrán, como dije al comienzo, a resolvernos nuestros problemas. Cuba tiene su soberanía, ha demostrado tener su propia política exterior; Cuba tiene el valor acerado, y lo ha tenido durante 56 años, de mantener una posición adversa a la primera potencia del mundo y a la mayor que nunca existió y que por mucho tiempo existirá todavía. No estamos todavía en la Roma de siglo III.

Entonces, hay que prepararse para el diálogo. Y en las palabras del general-presidente Raúl Castro, pronunciadas en la Cumbre y aun en las que le precedieron en la Asamblea y en el mensaje o proclama al pueblo cubano anunciando el inicio de un diálogo que ya se venía celebrando, se evocan continuamente los términos fundamentales: igualdad de derechos, al mismo tiempo que la capacidad de diálogo; respeto a la soberanía nacional; reivindicación de derechos que no son gubernamentales ni circunstanciales, no son derechos que reclame el gobierno de Cuba, sino la nación cubana toda.

Quiere decir, la nación cubana reclama el fin de las leyes anticubanas, reclama el fin del embargo o bloqueo, que es lo que ha existido realmente, porque se ha extendido como una mano inquisitorial y puntillosa sobre cada acción de Cuba, sea económica o política, en cualquier parte del mundo; tercero, que se devuelva a Cuba el territorio ocupado, como han hecho los norteamericanos con otras naciones del mundo que han denunciado

tratados similares o parecidos y ellos han tenido que retirar sus bases e irse, porque es el derecho soberano de un pueblo --y viene del Derecho, del Derecho romano, del derecho fundamental-- que cuando un tratado o un convenio internacional es por una parte denunciada, la otra, en buena fe, tiene que entrar a discutir los términos: me voy a ir en cuatro años, me voy a ir en diez, voy a desmantelar, voy a terminar. No olvidemos que también la Base Naval de Guantánamo, que no tiene ya ningún significado militar, se ha convertido en una cárcel denunciada por el propio Presidente de los Estados Unidos y por todos los elementos progresistas del mundo, no solo revolucionarios, y constituye una humillación para Cuba y una espina previa que está colocada en el corazón de cada cubano.

Cuando un niño cubano nace, nace con una espina en el corazón: su patria, Cuba según el gobierno norteamericano, es parte de los pocos países del mundo que favorecen el terrorismo; Cuba es técnicamente un país terrorista, en esta época del mundo en que el terrorismo se ha convertido en el azote de la humanidad como fruto de la política nefanda de los poderes imperiales, como resultado de eso, de la burla, de la mofa, del agravio, de la injusticia. Y ahí voy a las palabras que tú mencionaste: Cese la política del despojo y terminará la política de la guerra. Por ahí anda lo que Fidel pensaba en ese momento.

¿Qué salvaría Eusebio Leal de esa relación histórica entre la Florida inicialmente y Cuba, entre Estados Unidos y Cuba a la luz de los tiempos? ¿Qué de historia, de cultura, de herencia patrimonial salvaría Eusebio Leal en este momento?

En primer lugar, la familia cubana, porque desde los abuelos del Padre Varela, militares españoles y habaneros que estaban en las guarniciones de San Agustín de la Florida, en Pensacola, desde los tiempos en que esa parte de América era un obispado de La Habana y parte del territorio continental español, Cuba y La Habana han tenido una presencia en territorio norteamericano. Segundo, allí vivió y se santificó el Presbítero Félix Varela, el Padre Varela, el santo de los cubanos, el hombre que en el último instante de su vida, con inmenso sufrimiento, decía que dedicaba su dolor a Cuba. Era un sentimiento místico de aquel que había creído firmemente, y está contenido en el espíritu de sus Cartas a Elpidio, en el espíritu de su periódico hacia los cubanos --fíjate, un periódico para los cubanos--, el hombre que había colocado en el Seminario de San Carlos los instrumentos de química y de física que el Obispo de Espada le había encargado a los mejores laboratorios de los Estados Unidos; el hombre que enseñaba música; el hombre que era al mismo tiempo, en su exilio, además del gran maestro que fue, maestro de una pléyade de grandes cubanos, a cuya peregrinación y encuentro van los mejores cubanos.

Allí estuvo su tumba. Negado por la iglesia, negado por el colonialismo, le fue impedido todo ascenso en el rango que le pertenecía como apóstol que fue de los irlandeses. Hoy, en el corazón del barrio chino de Nueva York está la modesta iglesia del Padre Varela, la modesta iglesia del Padre Varela. La persecución de Fernando VII le impidió alcanzar el episcopado pero no le impidió alcanzar la santidad. No descansa en ninguna catedral, paradójicamente no está en un templo; se custodian sus restos en el Aula Magna de la Universidad de La Habana, adonde lo trajeron los intelectuales cubanos y lo colocaron allí, en ese lugar, como maestro, como educador y como sabio.

Evocaba a la familia cubana, porque allí fue la emigración patriótica. Fue el exilio de los primeros en pensar en la libertad de Cuba; fue el exilio de los de la primera guerra perdida, de los de la segunda; fue el exilio de los que no pudieron desarrollar su labor en Cuba, de los que fundaron sobre un arenal inhóspito en Cayo Hueso y en Tampa florecientes colonias cubanas; fue en Nueva Orleans, en el viejo cuartel español donde los cubanos conocieron a Juárez, allí se enarboló la bandera cubana, en aquellos lugares. Vas a los cementerios de Pensacola, de Mobile, y encuentras las tumbas de los que no pudieron volver; vas a Cayo Hueso y allí está el templo, están los lugares santos de los cubanos, el Club San Carlos - que, entre paréntesis, le pertenece a la República de Cuba-; pero, además, hoy viven en Estados Unidos infinitos cubanos que nunca fueron enemigos de la Revolución sino luchadores por Cuba, por la libertad de Cuba, y sus hijos no creen ya en las mentiras de una élite furiosamente anticubana, que ha renunciado a ser cubana, pero que no ha olvidado nunca su odio visceral contra la Revolución que les despojó de sus privilegios.

Pero hoy, al mismo tiempo existe un quórum en Estados Unidos por parte de los cubanos, de volver a Cuba, de encontrarse con su gente, de ir a las tumbas de sus muertos, de volver a su pueblo. Por otra parte, tenemos derecho a mantener una relación de amistad con la nación americana, con sus artistas, con sus instituciones, y aun con un Estado norteamericano que olvide su política ancestral con relación a Cuba y escuche la voz de todos aquellos que desde tiempos remotos hasta Lucius Walker y hasta nuestros días, han luchado por Cuba.

No olvidemos nunca que cuando el ciclón Katrina se abalanzó sobre suelo norteamericano, Fidel decide crear una brigada, y le da el nombre del más brillante de todos los mambises norteamericanos, el de un muchacho que a los 19 años vino a Cuba; un muchacho criado en Boston y Nueva York que luchó siete años y tres meses por Cuba; constelado de heridas, murió en Yaguaramas en la extrema vanguardia de la Revolución, velado por Agramonte, por su médico, el doctor Luaces; compañero de Máximo Gómez y de los grandes luchadores por la libertad. Ese fue el nombre que Fidel le dio a la brigada. Y cuando Fidel realizó el elogio de ese nombre para definir a una brigada que nunca fue aceptada para ir a Estados Unidos, cuando se hundía Nueva Orleans, la ciudad que tanto conserva de la historia de Cuba, esgrimimos el nombre de uno de los grandes americanos amigos de Cuba, que vino en la expedición del Perrit en mayo de 1869 junto a más de 80 jóvenes norteamericanos, muchos de los cuales fueron mártires de la independencia de Cuba, como pudo serlo Henry Reeve en la noche terrible en que casi todos ellos, sin hablar apenas el idioma español, fueron capturados y fusilados.

No olvidemos que al frente de esa expedición venía el general norteamericano Tomas Jordan, que fue presentado en el Demónico's en Nueva York como el nuevo general para el Ejército Libertador de Cuba, contratado por la emigración cubana; no olvidemos nunca, que cuando Maceo cruza la trocha, en esos cuatro viajes, viene su coronel de la escolta Charles Gordon, héroe de Cuba; no olvidemos tampoco que muchos cubanos lucharon por la independencia de los Estados Unidos, lucharon allá con Washington, luego en el norte, y hay que decir la verdad, también en el sur de los Estados Unidos.

Pero del norte escogeré a los hermanos Cavada, que estuvieron en Gettysburg con Lincoln, uno de los cuales,

Federico, llegó a ser, como abogado y coronel, auditor del ejército de los Estados Unidos. Se decía que era el mejor tipo del ejército americano, y el retrato que conservamos de él, lo conservamos vistiendo el uniforme de la Unión Americana. Pintor, artista, notable escritor, murió fusilado en Camagüey por la libertad de Cuba.

Quiere decir, no podemos vivir en una guerra perenne, ni luchando perennemente contra los fantasmas del pasado. Tiene que haber una paz con justicia, con dignidad, con decoro y con respeto. En este caso, no se le puede pedir al ratón las mismas condiciones que se le piden al gato que debe acceder a guardar las uñas bajo un guante de pelos; tiene que acostumbrarse a tratar de igual a un pequeño pueblo que ha representado como ningún otro el drama bíblico de David y Goliath.

¿Puede el perro caliente vencer a los rusos?

Por Marcos Behmaras (Introducción René González Barrios)

El perro caliente, el visionario Behmaras y la caída del socialismo soviético.

Por René González Barrios

La palabra socialismo en el año 1960, producía entre los cubanos las más diversas reacciones. No pocas estuvieron signadas por los efectos negativos que la propaganda anticomunista elaborada en los Estados Unidos, causaba en un sector nada despreciable de nuestra población.

El comunismo estaba satanizado; sus líderes demonizados. La URSS era una terrible y oscura nación encerrada en una cortina de hierro donde supuestamente no existían libertades de ninguna índole. Cientos de publicaciones y emisoras de radio en Norteamérica y Europa, desarrollaban una ofensiva informativa y cultural contra el naciente campo socialista. El imperialismo se cebó en el sobredimensionamiento de los errores que en la construcción del socialismo cometió el estado soviético. Las revistas *Life* y *Selecciones del Reader's Digest*, llevaban al hogar cubano el fantasma del comunismo.

El prestigio que la militancia del Partido Socialista Popular tenía entre los obreros y campesinos cubanos, no era suficiente para desterrar el miedo al marxismo. Impactados por el clima anticomunista, en 1960, persistían prejuicios entre las fuerzas que hicieron la revolución, con aquella organización política. Corrían los años de apogeo de la guerra fría, en los que aún se respiraba la fetidez del ambiente macartista.

En medio de ese tenso ambiente político en el que la dirección de la Revolución esclareció el papel y lugar del Partido Socialista Popular en nuestra Revolución, Marcos Behmaras, destacado revolucionario e intelectual cubano, escribió para la revista *Mella* una serie de trabajos de fino y mordaz humor político, donde ridiculizaba el fundamentalismo ideológico y la impotencia y ceguera imperial ante el hecho consumado de una revolución popular, surgida en sus propias narices, que infructuosamente trataban de destruir. Parodiando el nombre de una de las principales publicaciones de la ideología imperial, agrupó sus trabajos en una saga que tituló, *Salaciones del Reader's Indigest*, publicados en la Revista *Mella*.

El conjunto de trabajos de Behmaras, permaneció disperso en bibliotecas hasta que en el año 1982 la editorial *Letras Cubanas* los reagrupó en un excelente libro que hoy clama por una reedición. En su introducción, se explica que estaba dirigido a los jóvenes y al disfrute de los mayores.

Ese mismo año compré el libro, que devoré de un golpe. Imposible soltarlo una vez que comienzas su lectura. Es de los pocos libros que releo y tengo a mano como bálsamo espiritual. De toda la obra hubo un trabajo que entonces me resultó audaz y quedó grabado en mi memoria por la agudeza del análisis político a partir del humor: ¿Puede el perro caliente vencer a los rusos?

De manera ingeniosa el ocurrente de Behmara hilvana la historia de una supuesta visita de Nikita Kruschov a Estados Unidos, y el plan estratégico diseñado por el alto mando político militar de ese país, para invadir la URSS, no con armas, sino con puestos de perros calientes.

Estoy convencido que el trabajo de Behmaras no fue un simple ejercicio de humor político, sino el resultado del análisis del peso de la cultura como arma imperial. Él era un hombre de cultura que durante muchos años trabajó en la prensa escrita, la radio y la televisión y como pocos, conocía el alcance de los medios y de los símbolos.

Los cubanos tuvimos el desagrado de observar como las cadenas de televisión, en 1989, se deleitaban divulgando imágenes de miles de soviéticos en interminables colas, para acceder a establecimientos de la multinacional *Mac Donalds*, liados a golpes muchas veces, para probar un producto "símbolo" de la cultura consumista.

La genialidad de Behmaras, muerto accidentalmente en 1966, estuvo en la alerta temprana de los alcances del poder cultural norteamericano. Zbigniew Brezezinski, uno de los principales ideólogos imperiales, amigo y asesor personal del actual mandatario de la Casa Blanca, en su obra *El Gran Tablero Mundial*, al identificar a EEUU como única superpotencia global extensa, definía los cuatro ámbitos decisivos de su poder global: militar, económico, tecnológico y cultural. Respecto a este último, refería que disfrutaba "de un atractivo que no tiene rival, especialmente entre la juventud mundial," y añadía:

"La dominación cultural ha sido una faceta infravalorada del poder global estadounidense. Piénsese lo que se piense acerca de sus valores estéticos, la cultura de masas estadounidense ejerce un atractivo magnético, especialmente sobre la juventud del planeta. Puede que esa atracción se derive de la cualidad hedonista del estilo de vida que proyecta, pero su atractivo global es innegable. Los programas de televisión y las películas estadounidenses representan alrededor de las tres cuartas partes del mercado global. La música popular estadounidense es igualmente dominante, en tanto las novedades, los hábitos alimenticios e incluso las vestimentas estadounidenses son cada vez más imitados en todo el mundo. La lengua de Internet es el inglés, y una abrumadora proporción de las conversaciones globales a través de ordenador se originan también en los Estados Unidos, lo que influencia los contenidos de la conversación global. Por último, los Estados Unidos se han convertido en una meca para quienes buscan una educación avanzada."

Behmaras alertó con fino humor, el alcance de la guerra cultural, en una época donde no existía Internet, ni el mundo era esclavo, como hoy, de la interconexión tecnológica. A la luz de estos tiempos cabría a los cubanos hacernos la misma pregunta, y en consecuencia, trazar una sólida y coherente estrategia, para que el simbólico “perro caliente”, no destruya el basamento de la cultura de una nación que ha tenido que enfrentar a lo largo de su historia, la cruzada ideológica y cultural del imperio más poderoso que haya conocido la humanidad.

¿Puede el perro caliente vencer a los rusos?

Por el General Tom Isaboy *

La primera vez que yo hablé del plan WC-33, conocido entre los altos oficiales del Pentágono como la Operación Perro Caliente, todos se echaron a reír. Un joven coronel susurró burlonamente: “Ya se volvió a jalar este”, y los documentos quedaron archivados, al parecer para siempre... Pero los hechos vinieron a darme la razón años más tarde.

Fue durante la visita de Nikita Kruschov. Durante muchos días, lo llevaron de un sitio a otro, le mostraron los ferrocarriles, las fabricas, los edificios, y a todo respondía Nikita con una sonrisa amable que podía interpretarse como “En casa lo tenemos mejor”... ¡Hasta que llegó el perro caliente!. La primera vez que Nikita Kruschov probó un perro caliente americano, quedó admirado, y, rompiendo el protocolo, afirmó que eran mejores que los rusos.

Aquella tarde recibí una llamada urgente del Comandante Estratégico. Mi plan había sido sacado del archivo. Era necesaria mi presencia, para aclarar ciertos párrafos devorados por las cucarachas.

Durante dos meses hemos trabajado día y noche en los detalles del plan. Muchos aspectos son secretos y no estoy autorizado aún para revelarlos, pero para tranquilidad de todos los demócratas de Occidente, puedo esbozar, en líneas generales, en qué consiste nuestra mejor arma contra los rusos.

En sus fundamentos, la idea es sencillísima:

Primero: nuestros cohetes serán peores, nuestros diplomáticos serán peores, nuestros aviones serán peores...; ¡pero nuestros perros calientes son, decididamente, mejores que los del enemigo!. Es más, ¡son incomparables!

Segundo: a los rusos les tiene que gustar el perro caliente. Porque todavía el materialismo marxista no ha ahogado por completo ciertos valores espirituales en el pueblo.

Sentados en esos dos principios que nadie en su sano juicio se atrevería siquiera a discutir, resulta evidente qué hay que hacer. Se construirán dos millones de puestos de perros calientes

Desmontables, con paredes y mostradores de aluminio, capaces de ser lanzados en paracaídas. Se fabricará una cantidad suficiente de perros calientes para abastecerlos, y se entrenará a un cuerpo

de dos millones de vendedores-cocineros, denominados HDSC (Hot-DFoc Strategic Command), escogidos entre los más audaces y físicamente aptos de nuestros soldados.

A una señal del Pentágono, seiscientos aviones de transporte saldrán de veinte aeropuertos y bases norteamericanas, y se dirigirán hacia la URSS, dejando caer los puestos de aluminio que, diez minutos más tarde, estarán completamente armados y listos para empezar a servir perros calientes en campos y ciudades. Y seis horas después, cuando todos los rusos, jóvenes y viejos, estén haciendo cola para probar nuestro inimitable producto, cuando las comunicaciones estén dislocadas, los mandos militares desmoralizados y el pánico cunda ya entre los líderes soviéticos, atacaremos al enemigo y podremos vencerlo fácilmente.

¿Cuándo sucederá?... Eso no puedo predecirlo. Pero creo, firmemente, que un día no muy lejano, en prueba de agradecimiento, la Estatua de la Libertad, tendrá en la mano no una antorcha, sino un perro caliente de bronce macizo.

**Cuándo en 1959 se supo que un cohete ruso había llegado a la Luna, se produjo una enorme conmoción en el Pentágono. Pero el General Tom Isaboy permaneció inmóvil en su cama. Entre otras cosas, porque la noche anterior se había bebido tres botellas de whisky, pero, además, porque a él no le preocupaban los cohetes. El general ha propuesto, hace mucho tiempo, una línea completamente distinta de estrategia frente al Soviet.

*Saluciones del Reader s Indigest

Tomo XXXIX núm 231 Febrero de 1960

Condensaciones de paquetes de estupidez permanente coleccionados en folleto.

La peor guerra de la que fui corresponsal

Por Pedro Prada Quintero

(fragmento tomado de su libro en producción *Crónicas del derrumbe soviético. El regreso a Cuba del corresponsal de Granma 1993-2006*)

Parado entre las líneas de policías antimotines y del ejército, que trataban de bloquear los accesos de los manifestantes a la Plaza Roja y al Kremlin en abril de 1991 recordé por un instante las líneas de fuego que en 1985 recorrían los cerros de Jinotega: compas sandinistas en una falda, contras proestadounidenses en la otra, una clara cañada como línea divisoria y, en cualquier caso, el enemigo frente a frente, cruzando fuego en un duelo de morteros, lanzagranadas, M-16 y AKM.

Aquello no se parecía tampoco a la línea del frente sur angolano en 1988, que unas veces era el cauce del río Cuito y otras el caudaloso Cunene, o la demarcación fronteriza con Namibia; pero siempre, angolanos y

cubanos al norte, con sus Shilkas, MiGs, trincheras y refugios, y los sudafricanos blancos al sur, con sus G-5, sus Kaspir, sus casas de campaña y sus Impalas, desafiándose con fiereza. (...)

Pero en la Moscú de fines de la perestroika, el corresponsal de guerra se enfrentaba al mayor desafío profesional de su vida: de un lado, civiles, muchos trabajadores, enarbolando reclamos económicos, sociales y políticos en una sociedad caotizada, sumida en una profunda crisis económica, política y social. Entre sus filas campeaba la nueva contrarrevolución, la ingenuidad, el romanticismo, la pasión juvenil por la aventura humana y la curiosidad. Frente a ellos, ni siquiera en la otra acera, sino sobre la propia cinta de asfalto de la avenida Tverskaya, una cadena humana de uniformes, escudos, porras y cascos, carros lanzaguas, fusiles de gases lacrimógenos. Soldados y oficiales habían jurado servir a la Unión Soviética, al socialismo, al pueblo trabajador; cumplían un deber del servicio, pero también eran víctimas de la contrarrevolución, de la ingenuidad, de la curiosidad y, por supuesto, padecían en lo personal y lo familiar las nuevas inequidades, la floreciente corrupción y los pragmatismos.

Ni el enfrentamiento era en los términos históricos reconocidos, ni el enemigo era el de siempre: los obreros no desafiaban a los amos capitalistas y los militares no combatían al enemigo externo armado o a la contrarrevolución interna abiertamente declarada. Las fuerzas de "derecha" eran los nombrados dirigentes del partido comunista considerados estalinistas, totalitarios y conservadores por los nuevos líderes políticos y de opinión, autocalificados de reformistas, demócratas y liberales, que a su vez eran la nueva "izquierda".

De tal suerte, el viejo espíritu bolchevique y lo mejor de la militancia soviética quedaban identificados en el campo tradicionalmente ocupado por socialcristianos, socialdemócratas, monárquicos, nuevos kadetes, liberaldemócratas y hasta nacionalsocialistas, en una suerte de travestismo político.

Los pueblos bálticos al menos habían sido más claros en su guerra contra el poder soviético y el socialismo, espina clavada en su conciencia nacional desde las vísperas de la segunda guerra mundial. Un nacionalismo raigal e inveterado redujo a barricadas la ciudad de Riga en enero de 1991. Allí los periodistas éramos la línea del frente y teníamos dos credenciales, una para entrar a las zonas letonas y otra para ingresar a las soviéticas. Quien había conocido esa seductora ciudad sin barricadas en el verano de 1980 como me ocurrió a mí, nunca imaginó verla diez años después llena de nidos de ametralladoras, tiradores, alambradas y púas de las que colgaban, como los antiguos cristianos crucificados en Roma, los camés de militantes del PCUS de quienes abandonaban el partido por haber cambiado de ideología o por estar defraudados con la nueva cúpula y los rumbos por donde sus líderes conducían a la legendaria organización y al país.

Fue duro para otro militante comunista narrar aquellos sucesos; pero al menos existían razones más o menos claras, aún cuando resultasen desagradables, de los hilos que movían el entramado de aquellos enfrentamientos: no se describía la victoria deseada de las fuerzas más revolucionarias, progresistas y partidarias del socialismo, pero, al mismo tiempo, tampoco habían ánimos para narrar el enfrentamiento provocado por quienes a nombre del socialismo y bajo sus banderas, habían sido capaces de generar tanto odio, desigualdad y tensión. Sin embargo, uno podía sentirse un Molnar, o un Malraux, identificando y describiendo la actuación de la contrarrevolución verdadera en aquellos sucesos.

Moscú siempre fue distinto. Agazapada, trasmutando máscaras, discursos, la contrarrevolución se movía del Kremlin al Parlamento, del Comité Central a la Casa Blanca de Rusia, de los bancos y las nuevas asociaciones comerciales a los ministerios. Proclamaba el internacionalismo en el Palacio de los Congresos y encaraba guerras en Chechenia, Osetia, Nagomi-Karabaj. Hablaba del socialismo con rostro humano pero debía más de un año de salario a los trabajadores del carbón. Gritaba "más socialismo" y corría a Malta, Londres o Washington a deslumbrarse y pactar con el capitalismo. Anunciaba la reforma militar para hacer más eficiente y poderoso al ejército, pero lo sumía en vínculos con la mafia del caviar del extremo oriente, desmantelaba el aparato político y de mando que había garantizado la cohesión, fortaleza y disciplina que hicieron de aquellas armas un escudo mundial y luego las embarcaba en un dudoso golpe de Estado que las desacreditaba definitivamente ante el pueblo.

La vida misma del corresponsal quedaba más a merced de azares y trampas de las palabras que escribiera, que de una bala o una granada. Un solo vocablo mal escogido, una sola oración mal concebida, un dato revelado a destiempo, podían empeorar la precaria situación en que había quedado su país al romperse en 1989 los vínculos económicos y comerciales con el bloque soviético, y permitiría arreciar hasta lo increíble el bloqueo económico, comercial y financiero de los Estados Unidos, que perdía cual guerra desde hacía más de 30 años sobre su Isla.

Nunca fui más corresponsal de guerra que ante aquella inenarrable catástrofe. Nunca me sentí bajo mayor presión. Las tensas caravanas por la geografía angolana, siempre a la espera de los zapadores y las minas, el susto de las emboscadas de la UNITA; el desembarco bajo el fuego de los contras en las bases de La Penca y Sarapiquí, en la frontera nicaragüense con Costa Rica, los muertos y heridos cargados en helicópteros palidecen ante los desgarramientos vividos para informar desde Gramma a los cubanos que el mundo en el que creíamos y confiábamos se venía abajo carcomido como un cáncer; y para alertar que el nuestro debía ser reivindicado, conservado en su legitimidad y pureza más prístinas y salvado, no sólo para sobrevivir como pueblo y país libre, sino como esperanza para los traicionados.

Tengo la certeza de que muchos colegas habrían experimentado esa misma sensación de haber sido corresponsales de la peor de las guerras, cuando la noche del 25 de diciembre fue arriada en silencio la bandera roja.

Problemas de la Cultura Cubana

Por Graziella Pogolotti (*)

Buenas tardes, compañeras y compañeros:

Como ustedes pueden observar, yo me he puesto la pegatina esta, porque para mí es un honor que en el Congreso de la Asociación Hermanos Saiz inviten a una dinosauria. Sin embargo, lo entiendo porque creo que

algunos dinosaurios todavía respiramos y pensamos.

Yo voy a tratar de ser lo más sintética posible. No he podido organizar mucho las ideas. Estaba comentado con Abel [Prieto], [Luis] Morlote y algunos otros compañeros allá afuera, que parece que me han echado brujería, y me han surgido un conjunto de problemas administrativos, de pesadillas de ese orden, que me interfieren con el pensamiento.

No obstante estoy aquí, porque yo creo que esta es una ocasión para abrir el debate sobre algunos temas que tienen que ver con nosotros, y tienen que ver también, con el resto del mundo. Los escritores, los artistas, los animadores culturales, los periodistas, todos somos intelectuales; quiere decir, que nos toca en la vida, pensar sobre la realidad, tratar de interpretarla, y creo que hoy día, interpretar es casi casi, llegar a transformarla. De los tiempos de Marx a la actualidad, en eso se ha cambiado un poquito, porque hoy, más que entonces, hay grandes batallas en el terreno del pensamiento.

En el Congreso de ustedes se ha hablado, se ha venido hablando, y es inevitable, de cuestiones que tienen que ver con políticas culturales. Creo que en este tema hay que distinguir, lo que pudiéramos denominar, los principios irrenunciables de las políticas culturales y las prácticas, que con sus errores, y también a veces, como resultado de determinada circunstancia, se han ido implantando sucesivamente.

No me queda más remedio que hacer un breve recuento, que prometo sintético, para establecer algunas premisas. La política cultural de la Revolución Cubana, una revolución que se definió como “de, por y para los humildes” –las tres preposiciones estuvieron muy bien escogidas– se planteó en primer lugar la democratización de la cultura, el reconocimiento de la cultura como uno de los derechos inalienables de nuestro pueblo, en términos de acceso a lo que pudiéramos llamar provisionalmente, bienes culturales, en términos también de acceso a los distintos niveles de la enseñanza. Esto llevaba a la Revolución a definir implícitamente la cultura desde una perspectiva antropológica, quiere decir, la cultura entendida como la creación artístico-literaria; entendida también como la memoria del mundo, como la creación popular, como las tradiciones, las costumbres, etcétera. Cultura es eso, y ese conjunto de factores están estrechamente interrelacionados.

La Revolución proclamó la libertad de la creación artística, y con la creación de sus instituciones culturales fundamentales, viabilizó la profesionalización del trabajo artístico. Los escritores tuvieron editoriales por primera vez en la historia, los teatrístas animaron sus grupos de teatro, el cine tuvo una industria, y muchas otras cosas más.

Por otra parte, la proyección internacional de la Revolución Cubana, que realmente estremeció al mundo, y habría que recordar de vez en cuando el discurso de Fidel en Naciones Unidas en el año 1960, donde combatía, lo que llamó entonces “la filosofía del despojo”, un discurso con muchos elementos proféticos. Todo ello proyectó a esta isleta hacia el mundo, y eso contribuyó también a proyectar la literatura cubana en el mundo, la literatura y la creación artística cubana.

Los maestros de la vanguardia, los escritores que constituyen nuestra tradición, no eran conocidos fuera de Cuba, y se fueron proyectando a lo largo de este proceso. La Revolución legitimó la vanguardia y produjo un salto decisivo hacia adelante al reconocer la importancia del diseño; ya se sabe lo que fue el cartel cubano, ya se sabe lo que fue a nivel urbano, ejemplarmente, el Pabellón Cuba, hoy sede de la organización que ustedes integran; las lozas con obras de los artistas cubanos en La Rampa, y algunos de los grandes logros arquitectónicos de aquellos años.

Cuando se hace el análisis retrospectivo de nuestro proceso, tenemos, sí, que señalar los errores y las deficiencias; pero no podemos olvidar lo que este proceso significó en el terreno de la sociedad y en el terreno de la cultura. Conocido es lo que se produjo en el Quinquenio Gris, en los años setenta, y a estas alturas esto requiere mucho más un análisis, pues como señala con mucha agudeza Julio García Luis, en el libro que recientemente se publicó con motivo del congreso de la Unión de Periodistas de Cuba (UPEC), en los setenta hubo otros fenómenos; fenómenos que no solamente tuvieron que ver con la homofobia, que no solamente tuvieron que ver con las artes y las letras, que tuvieron que ver con la educación, y yo diría con el estudio de la sociedad.

Julio García Luis señalaba, que precisamente en aquel momento, desapareció el Departamento de Sociología de la Universidad de La Habana, siguiendo un más que periclitado concepto estalinista, según el cual, el materialismo histórico hacía innecesario el estudio de la sociología como ciencia. Este fenómeno merece un estudio, un análisis para contribuir a entendernos a nosotros mismos. No es mi intención hacer el recuento, voy a señalar algunos momentos de nuestro proceso revolucionario, que nos permita entender los problemas que hoy enfrenta la cultura.

La crisis económica de los años noventa, que ya se venía avizorando desde finales de la década de 1980, que tenía que ver no solamente con la economía, sino también, con algunos fenómenos que se estaban manifestando en el plano de la moral, de lo social, de la ética revolucionaria; pero sobre todo, el gran desplome económico de los noventa precipitó la crisis y la pérdida de autoridad de las instituciones, particularmente en las instituciones de la cultura.

Junto a Abel Prieto vivimos muy de cerca aquel panorama desde la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (Uneac). Fue un momento muy, muy difícil, en el que la Uneac se abrió a un diálogo con los sectores juveniles más inquietos, diálogo que a veces tropezó con obstáculos, dificultades; y luego todo aquello desembocó en aquellos durísimos años noventa. Esos duros años no solo implicaron la pérdida de autoridad de las instituciones, la rápida obsolescencia de la base material y técnica de esas instituciones en un momento de acelerado desarrollo de la tecnología a nivel internacional; esta crisis implicó también una repercusión en el mundo de los valores.

Y si les hablé al principio de una concepción antropológica de la cultura, eso tiene entre otros componentes, lo que nosotros llamamos memoria, que no es solamente la memoria que recogen los documentos, sino también esa memoria intangible, oral, que es una memoria cultural con valores positivos y con valores que no lo son

tanto. Así, por ejemplo, resurgió el pícaro, el bicho de la República, que ahora se llamaba “luchador”, el que luchaba la vida de cualquier modo, y ese se convirtió en uno de los personajes de nuestra cotidianeidad. Se fueron evidenciando los quebrantos de los principios de honestidad, la aparición de manifestaciones de corrupción en todos los estratos de la sociedad, el surgimiento indeseable de nuevos paradigmas de éxito, que se han ido acrecentado, y la aparición de brechas en el nivel de vida de algunos que han hecho su “plata”, no se sabe cómo, y otros que van quedando en una situación bastante precaria.

El compañero José Luis Rodríguez ha publicado artículos, donde analiza este tema de la precarización de la vida de una parte de los ciudadanos de nuestro país, teniendo en cuenta, no solamente el tema del salario, sino también la relación salario-precio, que es realmente el conflicto fundamental. Recuerdo, que en los setenta, con un salario de cuatrocientos pesos se vivía muy bien, y hoy no es así. Y eso no es un tema básicamente de salarios, es un tema de precios.

Estos problemas concretos de la realidad arrastran también problemas concretos en la espiritualidad, que se nos ha ido diluyendo en las manifestaciones negativas que en estos momentos estamos criticando mucho, pero que hay que estudiar a fondo, con instrumentos científicos; que tienen que ver con el predominio de comportamientos vulgares, el empleo de malas palabras, el uso de vestuario inadecuado; que son la punta del iceberg que está escondiendo algo que está más atrás, y que tiene que ver con la paulatina intromisión de valores procedentes de la marginalidad.

Ciertamente en esta propia ciudad de La Habana, nosotros podemos observar niveles de pobreza que también requieren un tratamiento adecuado. Un ejemplo concreto es el de los “buzos”, algunos de los cuales no son analfabetos, muchos tienen el bachillerato y otros tienen una carrera universitaria iniciada. Eso no se puede resolver por vías represivas, eso tiene que resolverse por vía de un análisis de la sociedad cubana, de sus conflictos y por una labor de trabajadores sociales verdaderamente especializados, de alto nivel, que puedan afrontar todos los factores que tiene que ver con estas conductas.

Son cosas que están ahí, que tienen que ver también con esa zona de la cultura que nosotros hemos atendido, pero que tienen que enfrentarse en otros términos, me refiero a lo que acostumbramos a llamar cultura comunitaria. En esta ciudad, yo no conozco otras zonas de Cuba, ni he estado recientemente en otros lugares, ha habido una cultura barrial, una solidaridad barrial, una memoria barrial, que en cierto modo se ha modificado como consecuencia del fenómeno migratorio que se ha producido dentro del país; pero también, porque pienso que el trabajo en la base, en el barrio, en la comunidad, tiene que prestarse de otra manera.

Recientemente en la Fundación Alejo Carpentier, se organizó un ciclo que se llamó “Buscando La Habana”, en el que incluí dentro del programa, y con toda intención, un tema que era “El carnaval, ayer y hoy”; en relación con la concepción de las fiestas populares de esta ciudad, en la cual hemos cometido errores graves, porque las hemos dirigido desde arriba.

La fiesta popular es un elemento fundamental de la identidad, como son las Parrandas en Remedios; nace del barrio, nace desde abajo, y la institución lo que tiene que hacer es darle un respaldo, darle vida a aquello que está ahí. En el debate que se produjo durante la conferencia me di cuenta de lo que está sucediendo hoy: es una concepción empresarial, poco transparente; mientras tanto la Comparsa del Alacrán, en el Cerro, está perdida. Estas que son expresiones que están en la base, y que constituyen parte del cimiento de la nación.

Este tema tiene que afrontarse a través de un vínculo horizontal, estrecho entre todas las instituciones que operan en una comunidad, que pueden ser: la Casa del Joven Creador, la Casa de la Cultura —si no está derrumbada— la biblioteca, el museo —si no está en un estado deplorable— las instituciones educacionales y también las instalaciones deportivas —si las hay— que pueden servir, como ocurre en otros lugares del mundo, no solamente para la práctica deportiva, sino para conciertos. Cuando Silvio Rodríguez hace giras por la América del Sur ¿dónde da sus grandes conciertos?: en estadios. Yo creo, entonces, que se trata de potenciar los recursos que existen, potenciar los recursos humanos en la base y acometer, según el contexto específico concreto, un proyecto de reanimación del barrio; donde estemos todos juntos, los jóvenes y los viejos, porque el barrio es el lugar donde todos convivimos, es el lugar donde de algún modo todos intercambiamos.

En este momento que estamos viviendo, lo que se llamaría la contradicción fundamental contemporánea, se establece entre el neoliberalismo y los proyectos de resistencia cultural con vocación socialista, más o menos desarrollados. Esta es la contradicción fundamental, porque ahí está la clave, no solamente de la salvación del presente, sino de la salvación del futuro de este planeta.

Acabo de leer un libro que me parece fundamental, de Naomi Klein, que se titula La doctrina de shock. Ese libro analiza todo el proceso de construcción de este pensamiento neoliberal, que se va gestando desde los años cincuenta. Cuando hablamos de guerra fría pensamos básicamente en los enfrentamientos políticos y militares, pero realmente lo que hubo, y resultó exitoso a mi entender, fue este pensamiento económico neoliberal, que implica también una ideología. No es verdad que las ideologías han muerto, porque ideología quiere decir idea.

Ese pensamiento económico neoliberal que predica el debilitamiento extremo del Estado, que predica la autonomía de los análisis económicos-matemáticos prescindiendo de las necesidades sociales y de la conducción política, se ha ido incorporando a la concepción de las universidades, a buena parte del debate académico, y a un vocabulario que de repente estamos empleando casi todos, olvidando que detrás de cada palabra hay un concepto.

Si me detuve en el recuento de lo que sucedió entre nosotros en los años noventa, en lo económico y en lo que respecta a los valores, es porque creo, y sugeriría que se profundizara mucho más en esto, que el bloqueo a Cuba forma parte de esa terapia de shock que se aplicó con violencia en Irak, que se aplicó con violencia con las dictaduras de la América Latina y que con relación a Cuba estuvo destinada a socavar la Revolución.

Si volvemos a los noventa y pensamos en el proceso económico de la Revolución, tenemos que tener en cuenta, que en una etapa brevísima, la Revolución tuvo que transformar dos veces su infraestructura industrial y de otro tipo. Primero, porque nuestra base industrial, nuestra infraestructura dependía de los Estados Unidos,

las maquinarias, las piezas, todo procedía de allá, y cuando se cerró esa frontera hubo que cambiarlo todo para que entrara en la mecánica el campo socialista, del Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME). Y cuando se derrumbó ese universo, tuvimos que reingresar en el comercio exterior abierto al mundo.

Ese es un elemento básico del bloqueo, para mí casi más importante que las cifras de lo que nos ha costado. Eso vino complementado por la Ley Helms-Burton, de la que hoy nadie habla, pero que está ahí y que cuando uno se toma el trabajo de leerla, como la leí yo, se puede entender que en la Helms-Burton estaba para Cuba el programa que después se aplicó en Irak. Exactamente lo mismo: una intervención directa —lo dice explícitamente—, una reformulación institucional, jurídica, y muchas cosas más.

Además, esta doctrina de shock, de la cual Irak es la imagen más cruda, también consiste en —voy a recordar una palabra que se usaba al principio de la Revolución— romperle la “siquitrilla” a la cultura nacional. El arrasamiento de los museos, de las bibliotecas; Babilonia, la antigua Mesopotamia, no fue un error. Ellos sabían lo que estaban haciendo porque habían sido informados, por los grandes especialistas de las principales universidades norteamericanas, de lo que representaban esos valores que están en el fundamento de lo que llamamos civilización occidental. Este es, por lo tanto, el peligro fundamental que se cierne sobre la humanidad.

En el caso de Cuba, nosotros tenemos qué: nuestra cultura. Tenemos que releer nuestro proceso revolucionario con toda objetividad, con toda transparencia, colocándolo en la contemporaneidad y tratando ante todo, de salvar la cultura, la cultura toda, la cultura popular, la cultura de la comunidad y también la cultura artístico-literaria más elaborada, más experimental.

Quería tocar un punto que ha sido muy mencionado en todos los debates que ustedes han tenido durante la preparación de este Congreso, es el tema de lo que llamamos promoción cultural. Creo que el promotor cultural, este cargo que está en la plantilla de casi todas nuestras instituciones, ha ido perdiendo el perfil que le corresponde. Qué hacen mucho de nuestros promotores: tienen una computadora, un directorio electrónico y mecánicamente nos dicen que el próximo miércoles en la sala Villena se presentará tal libro de tal autor, a tal hora, y punto final. Eso es lo que llega a nosotros, es lo que llega a la prensa, es lo que llega a todas partes.

Sin embargo, eso no es promover. Promover es, como acostumbraba a decir Julio García Espinosa, convertir cada hecho cultural en un acontecimiento, y saber a quién se dirige, a quién puede interesar; cómo lo podemos interesar, qué información tenemos que darle; para que ese potencial participante se motive, se interese, acuda, se le despierte la curiosidad.

Ese personaje, el promotor cultural, tiene que ser un conocedor del tema. Si está promoviendo literatura, tiene que tener al menos una cultura de solapa, como lo tenían los libreros gallegos de la República Neocolonial, que eran analfabetos, que se leían las solapas, que conocían a sus clientes y que tenían la astucia de decirle a uno cuando entraba a la librería: “oiga, aquí tengo un libro que seguro a usted le va a interesar, aquí lo tengo, me quedan muy pocos ejemplares”. Y generalmente daba en el clavo aquel tipo, que era prácticamente analfabeto.

Promover la cultura, como todo lo demás, tiene que responder a un proyecto integrador, integral, que trascienda ese hecho cotidiano, que es la presentación de un libro o un concierto; que contribuya a construir públicos. Tenemos experiencias ejemplares en ese sentido. En todas partes del mundo el ballet es un espectáculo de élites y de minorías. Alicia Alonso, además de la gran bailarina que ha sido, construyó en este país un público para el ballet. Yo recuerdo que en los años sesenta viajaban a las provincias, a las unidades militares y, a veces, improvisaban un pas de deux sobre la cama de un camión. Ahora, tenemos un público que va al ballet, como en ningún lugar del mundo, y tenemos un público conocedor.

Así ocurrió con el cine, porque allí hubo también un proyecto educativo integrador, que tuvo que ver con la selección de las películas que se estrenaban, que tuvo que ver con algo que se podía hacer en aquellos años en los cuales se traía lo mejor del cine del mundo; que tuvo que ver con las películas que se ponían en televisión, porque la furia de las películas del sábado entró en la década del ochenta, y eso creó público también. Hasta ese momento teníamos la Tándem del domingo, que tenía la charita de Mario Rodríguez Alemán, y tenía generalmente una buena película. Teníamos también el programa de televisión 24 x segundo, que le enseñó a leer cine a muchísima gente. Recuerdo que en los años ochenta, en los exámenes de ingreso al Instituto Superior de Arte (ISA), en la especialidad de Teatología, aquellos muchachos tenían un conocimiento de cine, que lo habían adquirido principalmente por esa vía.

El tema de la lectura es un asunto que también requiere un planteamiento integral que incluya al sistema de enseñanza, desde los primeros grados hasta la universidad, y a la revitalización de las bibliotecas escolares y las públicas, no solamente como un almacén que presta libros, sino también como un centro generador de actividades, sobre lo cual en este país hay experiencia acumulada.

Quizás algún día nosotros logremos que haya una verdadera articulación, coherente y orgánica, entre las editoriales, la poligrafía y la distribución, porque eso también tiene que concebirse como un proyecto integral para que las cosas salgan en tiempo, para que no vivamos pendientes de la Feria del Libro una vez al año, y después transcurran nueve meses adormecidos. La reanimación de las librerías, una política que en todos los casos no implica recursos, o al menos no recursos en exceso, sino pensamientos, ideas, programas y educación de nuestros cuadros y maestros en esta dirección.

Volviendo atrás, del neoliberalismo tenemos que aprender una lección, a pesar de que haya habido ciertos visos de posmodernidad, que yo no satanizo; el neoliberalismo propone una concepción totalizadora, una concepción económica, ideológica, social, de irrespeto a las víctimas, a los perdedores, y también cultural, que es la cultura de la banalidad que estamos consumiendo todos en alguna medida.

Nuestro proyecto también tiene que ser un proyecto totalizador. Con una articulación que colocaría en otro orden: lo político, lo social, lo cultural y lo económico, unido también a una batalla ideológica, que se daría hoy en otros términos, puesto que nosotros tenemos que colocarnos en primera instancia en una América Latina, donde podemos tener una audiencia potencial, aún no desarrollada del todo. Una América Latina donde

apuntan distintos matices de la izquierda, desde proyectos más radicales, proyectos menos radicales; pero donde va creciendo esta conciencia de nuestra unidad, de nuestra necesidad de apoyarnos y defendernos. Este continente donde nuestros aliados más cercanos también están amenazados por esta ofensiva neoliberal, por los grandes intereses transnacionales, porque el hambre que hay ahora es un hambre de petróleo, un hambre de gas, un hambre de agua, que también las tiene este continente.

Nosotros tenemos que rescatar un pensamiento que se nos fue fragmentando en estos años dramáticos, tenemos que establecer las coordenadas del momento que vivimos y pergeñar colectivamente un horizonte futuro. Dinosauria como soy, también fui joven, y sé que los jóvenes ahora, y los jóvenes de todos los tiempos, piensan por necesidad en su porvenir; tienen que profundizar las raíces en su lugar de origen; tienen que encontrar un sentido a la vida; tienen que encontrar una posibilidad de participar en la creación artística, en el debate cultural de este momento; tienen que participar, como lo plantean ustedes, en los documentos de este Congreso, en el diseño de planificaciones.

Los jóvenes tienen la energía que ya nosotros no tenemos, tienen esa ansiedad de futuro, que nosotros tampoco tenemos; por eso es importante que artistas visuales, realizadores audiovisuales, teatristas, consideren que también tienen un papel de intelectuales, de pensadores de nuestra realidad, de nuestro presente, de nuestro futuro. A eso los convoco.

(*) Conferencia (inérita) impartida en el Segundo Congreso de la Asociación Hermanos Saíz, en la Escuela Nacional de la Unión de Jóvenes Comunistas, el 18 de octubre de 2013.

Revolturas en la marea

Por Rolando Pérez Betancourt

Los adelantos tecnológicos en manos de la multimillonaria Industria del entretenimiento atentan --a juzgar por ciertos razonamientos leídos y escuchados en mi tierra-- contra la proverbial lucidez que hace del intelectual un ser con la responsabilidad de avizorar y alertar en medio de las revolturas de la marea.

La misma lucidez que en el siglo XIX hizo escribir a Chéjov que “no hay nada más terrible, insultante y deprimente que la banalidad”.

Pero Chéjov, y otros que en su momento se pronunciaron contra lo superfluo masificado y los peligros de la llamada “sociedad del espectáculo” (que entonces se avizoraba y ya devora al mundo occidental) son ignorados por aquellos que frente a la invasión global sacan a relucir teorías relacionadas con un falso concepto de libertad populista “para escoger y disfrutar lo que se quiera”, sin que medien responsabilidades culturales establecidas, ni ninguna otra visión crítica encargada de poner en su sitio lo que vale más sobre lo que vale menos.

Para ellos, Shakespeare parece tan idóneo como cualquier telenovela mexicana (malas entre las malas) porque, después de todo, temas tan ancestrales como el amor, la pasión y la muerte aparecen por igual en las páginas del bardo inglés que en la fábrica de suspiros y sollozos de cualquier productora de guiones telejaboneros.

Shakespeare entonces --parecieran decir-- para los que tuvieron la suerte de alcanzar una alta cultura y las telenovelas para los que, sin remedio, se quedaron por debajo.

A esta altura de la repartición demográfica cultural, en la que no solo habría que tener en cuenta las diferencias Norte-Sur, sería una locura censurar aquellos productos de escasa calidad artística con los que muchos gozan, al tiempo que ayudan a engordar las arcas de una industria especializada en mantener el nivel de recepción del espectador a ras de suelo (o casi), de manera que guionistas, productores y hasta actores no tengan que esforzarse demasiado ideando tramas que vayan más allá de los esquemas mil veces probados (malos muy malos y buenos muy buenos envueltos en los mismos conflictos melodramáticos de siempre), y que conste que en aras de “actualizarme” revisé no pocos capítulos de las numerosas telenovelas que trae el llevado y traído Paquete.

Si en el mundo existe una enorme masa de consumidores que se contentan con tragar a diario telenovelas ramplonas, y con ver un solo tipo de películas y leer los mismos libros y revistas que la maquinaria publicista internacional anuncia a bombo y platillo como “lo mejor”, la respuesta no debería buscarse solo en el nivel de instrucción que engloba a esos “enganchados”, sino y (fundamentalmente) en el bombardeo pseudo cultural, político e ideológico a que han sido sometidos y “alfabetizados” desde que abrieron los ojos al mundo; y aquellos cubanos que tengan unos cuantos años no necesitan más ilustración para comprender lo que estoy diciendo.

Un bombardeo del cual --digámoslo claramente-- no escapan algunos llamados “especialista en el tema”, entre otras razones porque la existencia tampoco puede ser un alto consumo de nivel artístico a toda hora, y bastaría con citar escritores y artistas que en sus obras han dejado constancias de las banalidades cotidianas que han encontrado en “la vida verdadera” y de las cuales, muchas veces, no han podido sustraerse.

Pero de ahí a cruzarse de brazos frente a la ola de vacuidad convertida en mercancía cultural para el entretenimiento que nos azota --y que ha sido combatida internacionalmente por intelectuales representativos de las más diversas tendencias--, o justificarla bajo el alegato sonriente de que la distracción tiene muchas caras, dista un mundo

Y máxime si esa filosofía inherente al “todo vale” y “para gustos se han hecho los colores” proviene de las revolturas teóricas que nos traen las mareas.

No es posible ser ciego

Por Fernando Martínez Heredia

Cuba no está fuera de esa guerra: somos un objetivo especial de ella, porque los expulsamos de aquí y hemos

resistido con éxito al imperialismo durante más de medio siglo. Ellos quieren restaurar en Cuba el capitalismo neocolonizado, y para nosotros no hay opciones intermedias.

Una entre otras tareas sería trabajar contra las formas cotidianas en que se siembra, difunde y sedimenta ese control, sobre todo las que parecen ajenas a lo político o ideológico, e inofensivas. Por ejemplo, a través del consumo de un alud interminable de materiales se intenta norteamericanizar a cientos de millones en todo el planeta, en cuanto a las imágenes, las percepciones y los sentimientos. A veces tratan cuestiones políticas, con enfoques variados —aunque prima el conservatismo—, pero la proporción es ínfima en relación con las cuestiones no políticas. Lo decisivo es familiarizar y acostumbrar a compartir con simpatía las situaciones, el sentido común, los valores, los trajines diarios, los modelos de conducta, la bandera, las aventuras de una multitud de héroes, las ideas, los artistas famosos, los policías, la vida entera y el espíritu de EE.UU. Sin vivir allá ni aspirar a una tarjeta verde. Es suicida quien cree que esto es solamente un entretenimiento inocente para pasar ratos amables.

¿Qué es noticia al servicio de la dominación, para qué, cómo se trabaja, cuánto dura? En este campo tan crucial para la ideología coexisten los análisis espléndidos o rigurosos de especialistas, que lo muestran o explican muy bien, con el tratamiento que suele darse en la práctica a la información y la consecuente formación de opinión pública. Se ven y se oyen materiales que constituyen propaganda imperialista acerca de los hechos que realizan contra los pueblos, sin hacerles ninguna crítica, o se repiten sus términos, como el que le llama “servicio internacional” a su ejército de ocupación de un país. No basta con hacer divulgación o propaganda antimperialistas, si ellas conviven con mensajes imperialistas y fórmulas confusionistas. (...)

No es posible ser ciego: están tratando de convertir en hechos naturales hasta sus mayores crímenes, en asunto de noticias sesgadas y empleo de palabras más o menos comedidas. Su apuesta es lograr que los activistas sociales y los intelectuales y artistas que son conscientes y se oponen queden solos y aislados en sus nichos, y sus productos sean consumos de minorías, mientras las mayorías conforman una corriente principal totalmente controlada por ellos. El apoliticismo y la conservatización de la vida social son fundamentales para el capitalismo actual.

(*) (Fragmento tomado del sitio Cubadebate)

Redes sociales: Preocupación no, sino ocupación por la nube.

Por Paquita Armas Fonseca

Días atrás llamé al Centro de Investigaciones del ICRT para que me ofrecieran algunos datos de teleaudiencia. La investigadora que me atendió al comentarme algunos por cientos me dijo que ya se sentía la presión de ofertas alternativas a la tv.

Sé que estos estudios, por el poco presupuesto de que disponen, no son todo lo confiables que una quisiera, pero devienen una herramienta para saber “hacia dónde van los tiros”. Ya nos dicen que en una sociedad donde películas, series, programas, noticias, fotos caminan en memorias flash o en circuitos cerrados creados por tres o cuatro usuarios, especialmente entre jóvenes, la televisión tradicional va cediendo camino a otras formas de acceder al audiovisual.

Todo parece indicar que el periodista e investigador de los medios de comunicación, Ignacio Ramonet, tiene razón cuando advierte que la TV como la “vivimos” hoy, va hacia el cadalso. El estudioso afirma que ya en las sociedades conectadas Usted puede estar viendo un noticiero, pero tiene que salir; lo sigue en el teléfono y termina de verlo en la computadora de su oficina.

Para llegar a ese estado, además de vencer algunos prejuicios, a Cuba le falta tecnología que es decir mucho dinero para tener una televisión digital generalizada y el acceso a INTERNET desde cualquier lugar. Lo que cuesta esa inversión no son tres quilos. Por lo tanto esa no es la realidad hoy, ni de mañana, sin embargo ¿quién dice que en Cuba no circulan los números musicales más exitosos de You Tube? Sólo quien tenga un paño bien grueso en los ojos y unos taponos impenetrables en los oídos, puede negar la invasión de todo tipo de audiovisuales que circulan por las redes. El cómo sucede no lo sé, pero los culebrones que son exitosos aquí sólo tienen 24 horas de diferencia con su estreno en el país de origen.

Reed Hastings, el director de NETFLIX, la empresa comercial estadounidense de entretenimiento, cuyo mega negocio es el video en línea con 59 millones de suscriptores, aseguró hace poco que “la televisión lineal habrá desaparecido en veinte años porque todos los programas estarán disponibles en Internet”. Un investigador estadounidense Jeffrey Cole, profesor de la UCLA (Universidad de California, Los Ángeles), experto en medios en Internet y redes sociales, dice: “En la sociedad conectada la televisión sobrevivirá, pero disminuirá su protagonismo social; mientras que las industrias cinematográfica y musical podrían desvanecerse”.

Quizás son apreciaciones catastróficas porque a finales del siglo XIX, con el surgimiento del cine, hubo un grito unánime: “¡Murió el teatro!”. Años después, cuando nació la televisión, se apostó por el adiós al cine. Ahora con el desarrollo de nuevas tecnologías se aventura la defunción de la televisión. No lo creo: con cine, radio y televisión el teatro sigue existiendo. Por supuesto, el teatro de hoy no es igual al que se generó en la época griega ni en la isabelina, pero es TEATRO. Incluso, mañana podemos disfrutar en una computadora un estreno londinense de hoy, aunque nos perderíamos esa comunicación única que se establece entre los actores en el escenario y su público en la sala.

Tengo un buen amigo italiano, filósofo por formación, Dario Mogno que un día me dejó con la boca abierta “¿Para qué voy a ver a Pavarotti en la Scala, si lo tengo en mi casa? Uno de mis cuartos tiene un televisor de gran pantalla y cuando se proyecta algo bueno y nuevo ese es en el “cine familiar”. Dario vio “con la mayor calidad”, según sus palabras, (y supongo que repita el consumo de las mejores) una buena parte de películas cubanas. Incluso, la última vez que nos vimos, me contó de su intercambio de filmes, vía INTERNET, con unos jóvenes argentinos. Lo de Pavarotti ¡no lo puedo entender! Yo daría cualquier cosa por haberlo disfrutado en vivo. Pero ya no puede ser. Escuchando a Ramonet durante el pasado festival de cine, cuando decía que la televisión dejaría de ser lo que es hoy, me acordé de mi amigo Dario.

En una sociedad conectada la tv puede pasar a ser el cine hogareño: una gran pantalla y la proyección de lo mejor que circula en esa galaxia que es INTERNET: pura ciencia ficción para los jóvenes que acariciaban un disco con música de los Beatles en los años 60 del siglo pasado. El desarrollo tecnológico nos apabulla cuando lo vemos a distancia ¿hasta dónde llegarán las inteligencias artificiales?

Ramonet escribió hace unos días “De ahora en adelante, el televisor estará cada vez más conectado a Internet (es ya el caso en Francia para el 47 por ciento de los jóvenes de entre 15 y 24 años). El televisor se reduce a una mera pantalla grande de confort, simple extensión de la Web que busca los programas en el ciberespacio y en Cloud (“Nube”). Los únicos momentos masivos de audiencia en vivo, de “sincronización social” que siguen reuniendo a millones de telespectadores, serán entonces los noticiarios en caso de actualidad nacional o internacional espectacular (elecciones, catástrofes, atentados, etc.), los grandes eventos deportivos o las finales de juegos de emisiones de tipo reality show.”

Todo esto sólo despertaría el aplauso si nos limitáramos al lado bueno: las redes sociales pueden servir para un buen intercambio entre los movimientos sociales, realizar intervenciones quirúrgicas a distancia mediante tele conferencias; que dos o más científicos trabajen juntos aunque uno esté en Oslo, otro en Brasilia y el tercero en París; ser una ayuda para encontrar amigos, medicinas y conocer... pero, vuelvo a Ramonet “hay que considerar que el hecho de que Internet esté tomando el poder en las comunicaciones de masas significa que las grandes empresas de la Galaxia Internet -o sea, Google, Facebook, You Tube, Twitter, Yahoo!, Apple, Amazon, etc.- todas ellas estadounidenses (lo cual en sí mismo ya constituye un problema...) están dominando la información planetaria. Marshall McLuhan decía que “el medio es el mensaje”, y la cuestión que se plantea ahora es: ¿cuál es el medio? Cuando veo un programa de televisión en la web, ¿cuál es el medio? ¿la televisión o Internet? Y en función de eso, ¿cuál es el mensaje?”

Al decir del especialista francés “No nos olvidemos de que una sociedad conectada es una sociedad espiada, y una sociedad espiada es una sociedad controlada.”

Con nuestros pobres recursos ¿qué hacemos? ¿nos cruzamos de brazos o usamos ese inmenso capital humano cultivado en Cuba? No son pocos los profesionales pre-ocupados por esta avalancha colonizadora que se nos viene arriba, ahora mucho más que antes.

Tengo una brillante amiga que hace poco, casi como un ruego religioso, me deseó que tuviera acceso al ciber con la misma velocidad que lo hacía ella. Se lo agradezco, pero no tengo derecho a obnubilarme con ese avance. Las autopistas son una maravilla para recibir y trasladar información...pero junto al diez por ciento buena, circula un veinte regular y el resto mala. ¡Y pensar que casi el 30 por ciento de los adultos de EE UU se informa a través de Facebook y el 20 del tráfico de las noticias proviene de esa red social! ¡¡¡¿¿¿Cómo es posible????!!

Es cierto que en esa red se reproducen muchas noticias, anuncios de libros, incluso poemas pero ¿informarme con FB? No me cabe en la cabeza, tiene demasiadas boberías. Pienso que junto a la pre-ocupación de no pocos especialistas, hay una parte no despreciable que tiene una mirada totalmente acrítica hacia las redes.

En lo personal siento que la televisión, la radio, los sitios web, incluso los “simples” correos electrónicos en Cuba, son pocos agresivos en contra de un pensamiento hegemónico que nos llega desde el norte, ahora envuelto en un papel suave, pero tan anexionista como décadas atrás.

Somos capaces de circular textos que en nada ayudan a la defensa de la nación cubana, al contrario. La televisión, que sigue siendo un poderoso medio, utiliza no pocas veces un lenguaje viejo para tratar diversos asuntos y donde más lo hacen -desgraciadamente- es en la historia.

Hace poco escribí “Pienso que en esta vorágine de producción audiovisual y radiofónica, la televisión y la radio de servicio público pueden y deben jugar un importante papel de esclarecimiento y confrontación. Tanto en un medio como en otro deben existir espacios en los que los ciudadanos puedan escuchar opiniones, incluso divergentes, sobre lo que en ese momento haya alcanzado la cumbre en el famoso You Tube o en series, musicales, noticias... que circulan en el mercado audiovisual, también conocido popularmente en Cuba como “el paquete de la semana”.

Insisto en que la promoción es vital. Los programas mejor realizados, los que llevan un genuino mensaje de cubanía y cultura, tienen que ser publicitados de manera inteligente. A nivel mundial aún la TV es un medio importante: esa importancia hay que dársela a la nuestra, desde recursos hasta la posibilidad de competir con lo que inevitablemente nos llega, pero no desde la imitación a lo banal y tonto, sino con propuestas atractivas y edificantes.

Acabamos de ver *UNO* (Unidad Nacional Operativa), que no se hizo en Brasil, New York o Buenos Aires, sino en La Habana ¿acaso no atrapó a los televidentes? *Vivir del cuento* es el programa de más alta teleaudiencia en nuestro país y además circula en el “paquete semanal” desde un buen tiempo atrás.

Entonces se puede y sería mucho mejor si todos los implicados en conseguir un producto audiovisual bueno, raigalmente cubano y atractivo, se pongan de acuerdo en halar un poderoso medio aún, aunque poco a poco se nos ha hecho menos eficaz en comparación con eso que todavía se llama nuevas tecnologías, y que a la vuelta de una década también... serán viejas.

Natalia Bolívar: “Estados Unidos no ha soportado que los cubanos mantengamos unos principios por los que se luchó”

Por Paula Echeverría

(extractado del sitio web Noticias de Navarra <http://www.noticiasdenavarra.com>)

Lleva la sed de descubrimiento en la sangre. En un momento que anuncia cambios para Cuba, Natalia Bolívar (La Habana, 1934), escritora, pintora y antropóloga, quien visitó hace unos días Pamplona, reflexiona sobre

cultura, política y humanidad. Es la encarnación de una vida intensa

Ha vivido con riesgo y con pasión, cualquiera diría que ese inconformismo, esa rebeldía, vienen en su ADN, siendo como es descendiente del libertador Simón Bolívar...

Yo creo que sí (sonríe). Además son demasiados Bolívar en el apellido. Un Bolívar, de parte de mi madre Aróstegui que es de origen vasco también, bueno, de vascos del siglo XVIII establecidos en Cuba de siempre, y Bolívar otra vez. Pero también la parte de mi madre ha tenido que ver con las guerras de independencia, mis tíos abuelos han sido generales que han luchado contra gobiernos corruptos. Siempre hemos sido una familia de combatientes, contra Machado, y luego mi generación contra Batista.

Además de la sangre, ¿también tienen que ver la cultura y el arte en esa inquietud vital?

Es que yo me crié con artistas. Vengo de una familia de la alta aristocracia cubana, y una familia muy artista. Antiguamente, en tiempos de mis tíos, sus padres obligaban a cada hijo a tocar un instrumento, o a cantar, o a estar dentro de la elevación espiritual de cada uno. Siempre estuvimos mezclados con las artes plásticas, con historiadores e intelectuales.

En Cuba el baile, la música, el cine, la plástica, la artesanía, están en la vida cotidiana...

Sí. Cuando yo nací lo primero que hicieron fue meterme en la escuela de ballet, con 4 años. Y una de mis profesoras fue Alicia Alonso, muy ligada a mi familia porque mi familia era del Patronato de Bellas Artes, del Auditorium donde se daban cita los grandes conciertos y grandes ballets. Y tremendas óperas con Renata Tebaldi... La Habana siempre fue un hervidero cultural, de todo tipo de culturas. Los músicos, los artistas, son parte de las piedras antiguas de la capital. Yo digo que toda Cuba baila (ríe), porque es muy musical y muy artista.

Con el restablecimiento de las relaciones con Estados Unidos, ¿no hay riesgo de que se pierda la identidad de la cultura cubana?

No, no, no. Pero de aquí a que haya un proceso de restablecimiento de relaciones con embajadores... Ay, eso es a larguísimo plazo; acabará Barack en su poderío, vendrá otro que será probablemente republicano, y el republicano siempre ha estado en contra de este restablecimiento. Para nosotros, como cubanos que llevamos 50 años en una lucha por permanecer contra el bloqueo y contra todo lo que nos han hecho, contra todos los muertos que hemos dejado en el camino, por falta inclusive de materia prima para hacer las medicinas, y de comida y todo... Yo le voy a decir una cosa: nosotros ya estamos acostumbrados a llevar una lucha bastante dura, y cuanto más dura más artistas damos (ríe). Es así, no sé, más creamos, más cosas se nos ocurren... Parece una locura y sin embargo, mira, en el cine estamos en Premios Goya, con Fresa y chocolate llegamos a los Oscar... Tenemos muchos problemas, pero siempre estamos buscando los derroteros espirituales para poder mantener una ética y unos principios. Respondiendo a tu pregunta, pienso que es bueno restablecer las relaciones con Estados Unidos en el sentido de que han sido los vecinos toda la vida. Fíjate que en menos de 40 minutos tú sales de La Habana y entras en Miami... Pero ellos no han soportado que nosotros mantengamos unos principios por los que se luchó. Por la supuesta democracia por la que todo el mundo cacarea tanto y ninguno la tiene, porque democracia es respetar también las leyes de otros países, y aquí todo este revolú, como dirían los puertorriqueños, se ha formado porque la postura política de los Estados Unidos no ha tenido respeto por los demás países. Han acabado con culturas milenarias, es vergonzoso. No puedes pensar que tu cultura es la que tiene razón, la válida. Cada país tiene su cultura, debe defender el gobierno que quiera y gobernarse ellos, sin dejarse penetrar ni venderse a cualquiera.

¿Pero es optimista respecto al futuro de Cuba?

Mira, chica, yo no me confío, porque este señor (Barack Obama), siendo un afrodescendiente, no ha hecho nada por el negro en los Estados Unidos. Los negros se siguen matando, o siguen matando a los negros, y el racismo en el sur de Estados Unidos sigue como si no hubiera pasado Lincoln ni ninguno de los grandes presidentes que estuvieron en contra del racismo. Yo no tengo ninguna confianza porque, en definitiva, esto son conversaciones, y así lo están diciendo: conversaciones. Primero, para haber conversaciones nos tienen que quitar de los diez países más terroristas, eso lo primero, porque el terrorismo está por todos lados, y nosotros no tenemos terrorismo; nos tienen que quitar la base militar de Guantánamo, que ya debieran haberla quitado hace más de 4 ó 5 años, creo que desde el gobierno de Bush; y nos tienen que levantar el bloqueo. Si no, ¿qué conversación vamos a tener? ¿Abrir una embajada? ¿Y para qué?

Usted hizo la Revolución del 59, se unió al Directorio Revolucionario...

Bueno, me uní al Directorio antes de la Revolución. Yo hice Acción y Sabotaje en el Directorio, estuve presa, me torturaron, me fui al clandestinaje, hasta el triunfo de la Revolución. Y sigo siendo del Directorio porque fue la organización hecha por los estudiantes, por gente joven, muy joven, con una proyección abierta. Y estábamos muy muy unidos.

¿Qué es lo que más le marcó de esa época?

¿Del clandestinaje? Muchas cosas. Sobre todo, como digo, lo unidos que estábamos dentro del Directorio. Allí no había ninguna contradicción, y si la había la resolvíamos con el diálogo, siendo muchachos de muy distintos orígenes como éramos. Eso fue para mí muy importante. Sabía mucho de historia. La historia de Cuba era nuestra conversación permanente, éramos muchachos con una avidez muy grande de la historia, no solo de Cuba, de la historia en general. Y éramos gente muy aguerrida, hicimos un clandestinaje en La Habana muy unido y muy peligroso. El ataque al Palacio Presidencial fue una cosa tremenda, según dicen los historiadores, el acto más importante que se ha hecho en la historia de Cuba. Porque se atacó al presidente en su guarida, en su palacio presidencial. Y allí cayeron nuestros mejores hombres, para nosotros fue muy duro ese periodo, sobre todo a partir de los años 55-56, la situación en La Habana fue muy muy peligrosa, nos cogían y nos cazaban y nos entraban a tiros o nos torturaban hasta matarnos y tiramos en la bahía con un bloque de cemento. Fue una época muy convulsa, pero nos unió mucho, y pudimos lograr cosas muy importantes que hicieron temblar la dictadura. Cuando sientes el peligro tan cerca, te unes más. Y te haces más solidario. Sobre

todo existió un movimiento muy importante de mujeres, al que yo pertenecí: Mujeres Opositoristas Unidas, donde había campesinas, intelectuales, mujeres de la pequeña burguesía, amas de casa... unimos a todas las mujeres que quisieron ayudar al preso político, o ayudamos un poco con dinero... Fue una organización muy fuerte e importante porque ahí se hizo muy muy muy patente que sin una mujer no hay una revolución. Ese es mi punto de vista. Yo soy feminista (sonríe).

Está vinculada a la cultura vasca...

Imaginate tú, yo tengo dos apellidos totalmente vascos: Bolívar y Aróstegui. Mi madre es del pueblo de Aróstegui, y su familia fue la que estableció la primera factoría de tabaco en 1700 y pico en Cuba.

Como etnóloga ha asesorado en Cuba a cineastas, profesionales del teatro, ¿qué le han aportado esas colaboraciones?

Me han aportado conocimiento. Yo siempre voy en busca del conocimiento. Empecé a interesarme por el mundo de la religiosidad popular y a desarrollar trabajos sobre ello, y desde esos conocimientos he asesorado a grandes directores de cine, en películas como Fresa y chocolate, La última cena también de Gutiérrez Alea, asesoré a Pineda Barnet, Manuel Octavio Gómez... porque en ese momento nadie hablaba de la religiosidad popular. Y ellos me decían: "ay, Natalia, explícame qué es esto". Porque no había nada para leer sobre la religiosidad, y necesitaban conocimientos a la hora de convertir personajes de películas o del teatro en Oshun (la Virgen de la Caridad del Cobre, patrona de Cuba, en la santería) o en Changó (orisha de la religión yoruba, que en la santería sincretiza con San Marcos y Santa Bárbara), para caracterizarlos... Así que empecé a redactar explicaciones sobre este tema y todo terminó en un libro, Los Orishas en Cuba, que salió en pleno momento en que la religión estaba en el submundo. A partir de ahí vinieron más de 30 publicaciones, muchas conferencias que he dado con músicos, cineastas, directores de teatro...

¿Qué hay de África en Cuba, en los cubanos?

Mucho. Todas las bases de la religión popular son africanas, vienen del triángulo Congo-Angola-Zaire, de donde llegaron los primeros esclavos a Cuba. Y toda la base de la música, de la gestualidad del cubano, tienen mucho que ver con África y también con Andalucía.

Ahora está estudiando Haití desde la antropología...

Sí, me parece tan interesante la mezcla que hay en su cultura.... Proyectos tengo miles...

No pierde el tiempo.

No, yo no he perdido el tiempo, ni siquiera en momentos muy difíciles que he pasado, desde el punto de vista espiritual o personal.

Con un pasado tan pleno, ¿cómo sienta llegar a los 80 años y mirar atrás?

Ochenta años (piensa). Creo que dejo una obra muy importante para mí. Bueno, mi principal obra son mis tres hijas y mis dos nietos; pero la obra escrita, la obra que ha aprovechado casi Cuba entera, y ya no Cuba, el mundo, porque hay santeros en Mongolia, en Dinamarca..., de verdad que me hace sentirme muy satisfecha. No me siento traumatizada en ninguna forma. El estrés que todo el mundo vive a mí no me toca. ¿Por qué? Porque trato de buscar derroteros siempre. Leo mucho, pinto, cocino, hago de lo que tengo que hacer. A mí no me frena una situación laboral ni una situación de incompreensión. Los sufrimientos siempre los convierto en algo que vuelve a alimentar mi vida.

¿Y cómo definiría la importancia que han tenido en esa existencia tan intensa la cultura y el arte?, ¿qué le han aportado?

La vida. Y el amor a la tierra. Y fuerza para tratar, como dicen los indígenas, de ser mejor. Hacer análisis todos los días de qué me ha pasado y cómo puedo superar eso. La cultura y el arte me han dado espíritu de superación para tener control de mi carácter, que es muy explosivo. Y así voy aprendiendo. He sido arrestada, torturada, he vivido en clandestinidad... pero no tengo nada de lo que arrepentirme. La vida me ha dado mucho.

Los videojuegos: Realidad 2.0

Por Félix Manuel González Pérez, estudiante de Periodismo

De repente los videojuegos están en todas partes. Capitalizan el tiempo en nuestras computadoras, en nuestros teléfonos, en nuestras casas, en nuestras escuelas, en Internet. Nuestros amigos (los de adentro y los de afuera) nos invitan a compartirlos y disfrutarlos en Facebook, los intercambiamos por Bluetooth, pasamos los fines de semana en cualquier casa explotando las consolas.

El videojuego, que nació como una curiosidad científica al igual que el cinematógrafo, en los últimos treinta años se ha convertido en un macrosector de las tecnologías de la información y las comunicaciones, y en la actualidad es una de las industrias culturales más importantes del mundo, superando en ventas a la industria cinematográfica y la industria musical juntas. Según datos de la Interactive Software Federation of Europe (ISFE), solo en 2009 generó 57 600 millones de euros en todo el mundo.

Chris Crawford en su obra *The Art of Computer Game Design*, el primer libro dedicado a teorizar sobre el videojuego, señalaba: "Veo un futuro en el cual los juegos de ordenador serán una actividad de ocio fundamental. Veo un mercado de masas de juegos de ordenador no muy diferente del que tenemos ahora, con juegos de gran éxito internacional, juegos inspirados en otros juegos, juegos "segunda versión" y quejas sobre la enorme pérdida de tiempo que constituyen los juegos de ordenador. También veo una bibliografía sobre juegos de ordenador mucho más apasionante, que llegará a casi todos los ámbitos de la fantasía humana". (1)

Y la visión de Crawford se hizo realidad. A cuatro décadas de su aparición formal, el videojuego se ha

convertido en el campo de estudios de moda dentro del panorama cultural contemporáneo, por cuanto: “se perfila como la industria cultural dominante y las universidades rápidamente se lanzan a conquistar este terreno poco conocido, con la esperanza de poder utilizarlo para modernizar un poco las Humanidades y, quizás, hasta tocar algunas de las monedas que esta poderosa industria genera”. (2)

El estudio de los videojuegos se ha convertido en un punto de convergencia del pensamiento cultural contemporáneo. Hoy día no existe una rama del conocimiento humano que no se haya acercado a este producto cultural de referencia en la actual Sociedad de la Información.

Existen enfoques desde la Antropología, el Arte, la Inteligencia Artificial, la Industria, el Marketing, los Estudios Culturales, las Teorías de la Comunicación, el Diseño, la Educación, la Etnografía, la Sociología, la Semiótica, la Teoría del cine y la televisión, la Teoría Literaria, la Psicología, la Narratología, la Política, la Teoría de Género, los Estudios Cognitivos... la lista podría ser infinita.

Su legitimación y prestigio internacional crecieron desde 1993 cuando los hermanos franceses Alain y Frédéric Le Diberder en su libro *Qui a peur des jeuxvidéo? (¿Quién teme a los videojuegos?)*, afirmaron que después de los siete artes clásicos y los artes nuevos, los videojuegos eran el décimo arte.

Para los Le Diberder la industria del videojuego era el nuevo Hollywood. Esta idea fue abrazada por la famosa revista *Cahiers du Cinéma*, seno en el que había nacido la mundialmente conocida *nouvellevague* y la *politique des auteurs*. En un artículo del mes de abril de 2000, titulado “Las fronteras del cine” la célebre publicación señalaba:

“En adelante, el videojuego ya no necesitará imitar al cine para existir, porque propone hipótesis que el cine nunca ha podido formular, además de emociones de otra naturaleza. Si en el pasado los videojuegos tuvieron en cuenta el cine (sus diseñadores también ven películas), hoy nos permiten ver al cine de otra manera, cuestionar sus modos de funcionar y sus principios teóricos. Los videojuegos no son únicamente un fenómeno social, son el cruce esencial para redefinir nuestra relación con el mundo narrativo en imágenes, y contribuyen a desarrollar lo que formuló Godard (“Una película: entre el activo y el pasivo, entre el actor y el espectador”) sin saber que el videojuego se apropiaría de la pregunta y respondería a esta cuestión dejando al cine sin respuesta”.

En el libro *Joystick Nation: How videogames ate ourquarters, won ourhearts, and rewiredourminds*, J. C. Herz llegó incluso a afirmar que si el Ciudadano Kane se hubiera realizado en el siglo XXI, Kane habría suspirado “Mario” en lugar de “Rosebud”.

Con semejante parangón los videojuegos no solo consiguieron captar el interés académico de los investigadores de las Ciencias Sociales, sino que lograron que el 29 de agosto fuera declarado el Día Internacional del Gamer, luego que varias investigaciones constataran que en el mundo más de 1 200 millones de personas eligen este producto como forma de entretenimiento.

Con la llegada de Internet el consumo de videojuegos experimentó una expansión enorme. Muchos de ellos funcionan ininterrumpidamente las 24 horas del día, los siete días de la semana; y son tan largos, que nadie puede ver todos los sucesos, los hechos son vividos una sola vez como si fueran eventos históricos, puesto que ocurren en tiempo real, y la experiencia de cada jugador es única e irreplicable.

El World of Warcraft, por ejemplo, cuenta con más de 12 millones de cuentas activas a escala global, existen personas cuyos empleos se basan en prestar determinado servicio al interior del videojuego y el dinero que ganan los usuarios con sus personajes tiene un valor de cambio en el mundo real.

Algunos videojuegos son incluso considerados en la actualidad deportes electrónicos (e-sports); cuentan con jugadores profesionales, ligas regionales, torneos internacionales, patrocinadores, reglas y otras particularidades presentes en cualquier deporte. En estos juegos la máquina es solo la mediadora de la actividad, la misma función que cumpliría en el fútbol o en el béisbol el terreno de juego.

En la cultura oriental, los videojugadores más habilidosos son respetados y venerados mucho más que los jugadores de otros deportes (más) físicos. En países como Corea, Japón y China, los videojugadores son verdaderas estrellas de cine. Es muy popular la historia de que en 2002, cuando Corea y Japón sirvieron de anfitriones del Mundial de fútbol, el equipo nacional de StarCraft de Corea fue invitado a los vestidores de su selección como inspiración para los futbolistas antes del partido contra España en cuartos de final. Esta anécdota ilustra claramente la pasión por los videojuegos al otro lado del planeta.

Más allá de cualquier intento por evangelizar o demonizar estas experiencias, los videojuegos deben ser entendidos como una práctica cultural imprescindible para la comprensión de las culturas juveniles, sus referentes ideológicos, éticos y cívicos; así como un punto de interinfluencias discursivas, narratológicas, tecnológicas y visuales fundamental para advertir con certeza el panorama cultural contemporáneo.

(1) Crawford, C.(1984). *The Art of Computer game design*. [Versión electrónica], p.87. Accesible en <http://www.vancouver.wsu.edu/fac/peaboby/game-book/Coverpage.html>

(2) Frasca, G. Juego, videojuego y creación de sentido. Una introducción. *Comunicación*, No. 7. p.38.

ESPECIAL

Cuba: una vieja página en la agenda política de Estados Unidos

Por Ernesto Limia Díaz

En 1898 Estados Unidos decidió intervenir en la guerra de independencia de Cuba, sin conceder el reconocimiento al Gobierno de la República en Armas. A lo largo del siglo XIX Washington había defendido el derecho a una relación especial con la Isla, dada su proximidad geográfica; pero en realidad ganaba tiempo, a la espera –activa– de una coyuntura favorable a la anexión: “Hay leyes de gravitación política, como existen las de la gravitación física; y si una manzana separada del árbol por la tempestad, no puede hacer otra cosa

que caer al suelo, Cuba, separada a la fuerza de su artificial conexión con España, e incapaz de bastarse a sí misma, puede únicamente gravitar hacia la Unión norteamericana [...]” —había definido, en 1823, el entonces secretario de Estado John Quincy Adams en las instrucciones a su embajador en Madrid (Thomas, 2013: 106), estrategia que trascendió como la “política de la fruta madura”.

Mucho antes, incluso, desde la presidencia de Thomas Jefferson (1801-1809), Estados Unidos había trabajado en correspondencia con este interés anexionista, dando los pasos que en cada momento demandaron las circunstancias. Todo se subordinó a ello, y con imperturbable cinismo, a nombre de la libertad y —ya en el paroxismo del delirio— a nombre de la humanidad, al iniciarse la época de las revoluciones en la Isla tras el Grito del Demajagua, las distintas administraciones que escalaron a la Casa Blanca condenaron al fracaso todo plan insurreccional. Más allá de no reconocer la beligerancia, desde Ulysses S. Grant hasta William McKinley trabajaron de consuno con España para frustrar la revolución.

Comenzado 1898, la victoria mambisa era solo cuestión de tiempo y el sueño de Cuba Libre se concretaría con la constitución de un Estado nacional. Sin suministros ni logística —y una población de 1 500 000 habitantes—, el Ejército Libertador había enfrentado y vencido a 300 000 hombres de una de las principales potencias militares de Europa. España estaba exhausta, sin recursos ni energía para continuar la guerra. Las cerca de 45 000 camas de sus 71 hospitales de campaña no bastaban; las fiebres y la mala alimentación consumían a sus soldados. La Hacienda estaba arruinada; el poder colonial, virtualmente derrotado. El éxito del levantamiento no solo amenazaba al dominio español: ponía en riesgo la presunción del dominio sucesor estadounidense y el tema de la “vecindad” cobró nuevos bríos, pues necesitaban manipular el entusiasmo despertado en la Unión por la epopeya mambisa. Encubrir el interés expansionista bajo el disfraz de un acto justiciero, dio contenido moral a la declaración de guerra contra España. “En todos los Estados Unidos —en los ayuntamientos y las organizaciones cívicas, en poemas y canciones populares, desde el púlpito de las iglesias hasta los escenarios de los teatros— la necesidad de cumplir con un vecino se apoderó de la imaginación popular” (Pérez Jr., 2014: 80-81).

El Congreso y el Gobierno, auxiliados por la prensa, empujaron el país a la guerra, y la cruzada mediática consiguió involucrar a la opinión pública: “...los editores de periódicos y revistas; los empresarios, industriales e inversionistas; los poetas y dramaturgos; los artistas, periodistas y novelistas; y, un siempre creciente electorado —casi todos los que contemplaban el futuro bienestar de la nación—, se persuadieron de que la posesión de Cuba era un problema de necesidad nacional” (Pérez Jr., 2014: 4). Varios editoriales de *The New York Times* abogaron por dar fin a la amenaza de una guerra interminable ante las puertas estadounidenses. Y el 22 de abril se publicó uno revelador: “Nosotros iremos a la guerra contra España no para satisfacer una ambición, sino en obediencia a las leyes de la naturaleza. Es el momento en que estas cosas sean hechas y nosotros las hacemos al tiempo en que la fruta madura cae del árbol” (Pérez Jr., 2014: 71-72). Ese día comenzó el bloqueo naval contra la Isla y el 25 se rompieron las hostilidades.

El guion de lo ocurrido luego se repite a lo largo de la historia; Martí lo había alertado: “Y una vez en Cuba los Estados Unidos, ¿quién los saca de ella?” (Portell, 1939: 62-65, t. III). Consumada la intervención, fue puesta en marcha una virulenta campaña difamatoria contra el Ejército Libertador y los diarios estadounidenses comenzaron a describir a Máximo Gómez y a Calixto García, al igual que al resto de los jefes insurrectos, como despiadados asesinos de los “caballerosos” españoles, imagen que se corresponde con los falsos informes elaborados por algunos mandos norteros en la zona de operaciones, que “trascendían” a la prensa. Una frase del general Young refleja la matriz de opinión que querían sembrar: “No son más capaces de gobernarse que los salvajes” (Thomas, 2013: 296). A ello se sumaron las medidas de influencia y comprometimiento sobre el liderazgo mambí, y las acciones anticubanas del ejecutivo y el Congreso. Todo apuntaba a la misma dirección: generar un clima que justificara extender la intervención militar hasta popularizar el interés anexionista, anhelo que pese al esfuerzo desplegado les resultaría inalcanzable.

El 1.º de enero de 1899, al compás del himno de Estados Unidos, la bandera de las barras y las estrellas se alzó al mástil del Palacio de los Capitanes Generales. Once meses después, el presidente McKinley anunció que la Cuba que habría de surgir de las cenizas del pasado, tenía que estar ligada a Estados Unidos por vínculos especiales de intimidad y fuerza, construidos posteriormente en el Congreso a través de la Enmienda Platt, una herramienta destinada a dar fuerza legal a la potestad estadounidense de “ejercer el derecho a intervenir para la preservación de la independencia y el sostenimiento de un gobierno adecuado a la protección de la vida, la propiedad y la libertad individual, y al cumplimiento de las obligaciones con respecto a Cuba, impuestas a los Estados Unidos por el tratado de París [...]”, en cuya aprobación no estuvo representada la República en Armas.

Estados Unidos propuso incluir la Enmienda Platt como apéndice a la Constitución cubana y condicionó a ello la retirada de su contingente militar. Conseguido su propósito, accedió a que el 20 de mayo de 1902 la Isla se diera una República que para nacer debió someterse a la tutela yanqui. Ese año, en su discurso sobre el estado de Unión, el presidente Theodore Roosevelt abundó al respecto: “Cuba queda a nuestras puertas y cualquier acontecimiento que le ocasione beneficios o perjuicios, también nos afecta a nosotros. Tanto lo ha comprendido así nuestro pueblo, que en la Enmienda Platt hemos establecido la base, de una manera definitiva, por la que en lo sucesivo Cuba tiene que mantener con nosotros relaciones políticas mucho más estrechas que con ninguna otra nación [...]” (Roosevelt, 1910: 621, t. 2).

La mayor de las Antillas fue el balón de ensayo del imperio neocolonial que construyó Estados Unidos en el siglo xx. El 20 de mayo de 1904 Roosevelt anunció al Senado que extendería a Centroamérica y el Caribe los preceptos de la Enmienda Platt, con lo cual Washington se abrogaba el papel de gendarme ante el quebranto de las condiciones sociales en cualquier país del área, para prevenir la eventual intervención de una nación extranjera. Y aunque esa política del *big stick*, o del “gran garrote”, ocasionaría estragos por casi 30 años, en 1906 Roosevelt recibió el premio Nobel de la Paz.

En las tres primeras décadas de la República, los cubanos tuvieron himno y bandera, pero eran parias en su propio país. Los abusos de las empresas latifundistas estadounidenses, dueñas ya del 55% de la superficie total de la Isla, los privilegios de sus compañías y la connivencia de Washington con los politiqueros corruptos que permitieron la usurpación de nuestros recursos, unidos a los efectos del papel de gendarme en el área, despertaron el rechazo a la injerencia nortea en los asuntos locales. La publicación, en 1927, del libro *Azúcar y población en las Antillas*, de Ramiro Guerra, contribuyó a la forja de la conciencia antimperialista entre la

juventud que, un lustro después, encabezó el levantamiento popular que derrocó a la cruenta tiranía de Gerardo Machado. Sin embargo, los propósitos iniciales se frustraron con la decisiva mediación yanqui. Al decir de Cintio Vitier, “...después de haber entregado en holocausto a sus mejores dirigentes, la Revolución del 30 quedó clamando muda en la conciencia del pueblo, como un gesto viril, ensangrentado y trunco” (Vitier, 2008: 146).

La opción de la embajada estadounidense en La Habana para gobernar el país, recayó en el astuto sargento taquígrafo Fulgencio Batista, quien hasta el 4 de septiembre de 1933 —cuando en medio de una situación ya fuera de control luego de la huida del dictador, encabezó una conspiración de sargentos cuyo alcance no iba más allá de reivindicaciones clasistas— había permanecido ignorado; cuatro días después fue ascendido a coronel y nombrado jefe del Ejército. Celoso guardián de los intereses yanquis, el hombre que tramó los asesinatos de Antonio Guiterras, Carlos Aponte y de tantos otros, detentaría el poder en los próximos diez años: primero, tras los telones del Palacio Presidencial (1934-1940); después, como presidente de la República (1940-1944). Le sucederían Ramón Grau San Martín (1944-1948) y Carlos Prío Socarrás (1948-1952), pero nada cambió. Ambos terminaron por defraudar la esperanza nacional, al propiciar que imperaran el gangsterismo, la corrupción y el desenfreno en el saqueo de los fondos públicos, que precipitaron al país a la desmoralización y el caos.

En medio de la Guerra Fría y la histeria macartista, cobró fuerza la influencia cultural estadounidense a través del cine, la televisión y la radio, el dominio de sus productos en el mercado nacional y la asimilación de sus patrones de consumo; aunque, en la práctica, la ilusión fomentada por las firmas publicitarias norteamericanas, de que cualquiera, si se lo proponía, podía llegar a ser un Henry Ford, terminaría por estrellarse contra una cotidianidad que enraizaba el desengaño, como consecuencia de las crecientes pobreza y mendicidad que alcanzaron dimensiones extremas en las zonas rurales, un dilema que el periodista y costumbrista cubano Eladio Secades, satirizó desde las páginas de *Alerta*: “La casta de pesimistas cubanos nació cuando el crack bancario. Despertar de un sueño de oro de aquellos criollos inteligentes que llegaron a pensar que los americanos tendrían que comprar el azúcar en una joyería. Un pueblo que desde entonces está oyendo hablar de empréstitos y de cesantías, no puede ser optimista” (Secades, 2010: 87).

La Habana, vitrina de artificial esplendor meticulosamente preparada para seducir al turismo estadounidense, se llenó de casinos, bares y burdeles. Tras ellos, una invasión de figuras siniestras, atraídas por el juego, las prostitutas, las drogas y el alcohol... En el imaginario de aquellos viajeros, Cuba cobró reputación como “el distrito de luces rojas del Caribe”, “Las Vegas de la América Latina”, el “burdel del Nuevo Mundo” (Pérez Jr., 2006: 677); por el contrario, para la mayoría de los cubanos resultaba vergonzoso el curso que tomaba la vida nacional. Un sentido de frustración mantenía al país en las sombras. Muy caro debió pagar nuestro pueblo la injerencia de Estados Unidos.

En aquel clima de agonía moral, la cultura defendida por las mejores figuras de la intelectualidad, y la educación impartida en algunas escuelas públicas y privadas, salvaron la conciencia nacional. En el campo literario confluyeron tres fuerzas de gran poder expansivo, impermeables a la influencia corruptora del mercado, los enlatados hollywoodenses y los “condensados” de *Selecciones*: la generación que en las primeras décadas de la República mostró “...el verdadero rostro de la patria, por el lado de la historia política y económica, o de la etnografía y el folklore” (Fernando Ortiz, Ramiro Guerra, Medardo Vitier, Emilio Roig de Leuchsenring...); la de la militancia comunista o de izquierda (Nicolás Guillén, Carlos Rafael Rodríguez, José Antonio Portuondo, Mirta Aguirre, Juan Marinello, Félix Pita Rodríguez, Julio Le Riverend, Raúl Roa, Alejo Carpentier...); y “...la de creación poética silenciosa, que enlazaba tres generaciones sucesivas: la de Poveda, Botí y Acosta, la de Brull, Ballagas y Florit, la de los poetas de Orígenes” (José Lezama Lima, Virgilio Piñera, Eliseo Diego, Cintio Vitier y Fina García Marruz, entre otros) (Vitier, 2008: 153).

Aquella contienda de trascendental significado, se trazó entre sus más urgentes metas el rescate del Apóstol. Y de la mano de Manuel I. Méndez, Gonzalo de Quesada y Miranda, Jorge Mañach, Portuondo, Marinello, Le Riverend, Roig de Leuchsenring, Ortiz, Ángel Augier, entre los más destacados, irrumpió el Martí intelectual revolucionario y combatiente antimperialista, de ética impoluta y profunda vocación de justicia social, que cautivó el corazón del pueblo.

En las artes plásticas maduró una obra, esencialmente cubana y universal (Víctor Manuel, Carlos Enríquez, Fidelio Ponce, Amelia Peláez, Florencio Gelabert, Cundo Bermúdez, René Portocarrero, Mariano Rodríguez, Wilfredo Lam...), al tiempo que cristalizaban las búsquedas nacionalistas de los integrantes del Grupo Renovación Musical, o de compositores como Gonzalo Roig y Ernesto Lecuona, se producía una explosión musical entre los sectores más humildes, que hicieron cubanas las influencias provenientes del Norte, y se fragaba la escuela cubana de ballet con Alicia, Fernando y Alberto Alonso.

Paralelamente, en escuelas normales, institutos de segunda enseñanza y algunos centros docentes privados, se fomentaba un clima de superación cultural y de amor a Cuba, que dio abrigo a la vida moral de la nación y tributó a la forja de un espíritu rebelde. Desde el arte, la literatura y la exaltación de las tradiciones combativas, con especial fervor hacia los héroes mambises y los pensadores del siglo XIX cubano, aquellos maestros, muchos de ellos formados durante la primera etapa de la República, conservaban fresco el halo patriótico de las luchas del 68 y del 95 y, al despertar el interés por la historia, animaron una vocación nacionalista que arraigó los sentimientos libertarios entre la nueva generación.

De la exaltación de lo cubano, rebrotó el orgullo que hizo trizas la humillante imagen proyectada por el espejo norteamericano con que se observaba el país. Entonces el pueblo hizo suya una obsesiva consigna del carismático fundador del Partido Ortodoxo, Eduardo Chibás: “¡Vergüenza contra dinero!”.

En 1952, cuando Batista regresó al poder tras el golpe de Estado del 10 de marzo, a los revolucionarios cubanos les quedó claro que no era posible concretar un proyecto nacional con justicia social, sin dinamitar las estructuras del poder neocolonial. La cultura y la educación habían abierto paso a nuevas formas de expresión política, que en tan dramáticas circunstancias terminaron por cristalizar en la generación que no dejaría morir las ideas del Apóstol en el año de su centenario, con Fidel Castro a la cabeza. El asalto a los cuarteles Moncada y de Bayamo, el 26 de julio de 1953, definió los campos entre quienes no veían una solución sin la tutela de

Estados Unidos y los que ya habían comprendido que desde el voraz vecino, más que las soluciones, venían nuestros peores males. Cuando en 1957, estimulado por Washington, Carlos Prío Socarrás promovió un pacto —firmado en Miami a espaldas del Movimiento 26 de Julio entre los representantes de varias organizaciones políticas tradicionales, la Federación Estudiantil Universitaria y el Directorio Revolucionario— con el propósito de constituir un Gobierno provisional, Fidel respondió a los firmantes que, mientras ellos en el extranjero hacían una revolución imaginaria, el 26 de Julio, en Cuba, hacía una real. Y jamás se sacrificarían principios cardinales en el modo de concebir la Revolución Cubana, que —contemplados en el Manifiesto de la Sierra Maestra— habían sido eliminados del texto del Pacto de Miami:

Suprimir en el documento de unidad la declaración expresa de que se rechaza todo tipo de intervención extranjera en los asuntos internos de Cuba, es de una evidente tibieza patriótica y una cobardía que se denunciaba por sí sola.

Declarar que somos contrarios a la intervención no es solo pedir que no se haga a favor de la revolución, porque ello iría en menoscabo de nuestra soberanía e, incluso, en menoscabo de un principio que afecta a todos los pueblos de América; es pedir también que no se intervenga en favor de la dictadura enviándole aviones, bombas, tanques y armas modernas con las cuales se sostiene en el poder, y que nadie como nosotros y, sobre todo, la población campesina de la Sierra [Maestra] ha sufrido en sus propias carnes. En fin, porque lograr que no se intervenga es ya derrocar a la tiranía (Buch y Suárez, 2009: 157-158).

A finales del otoño de 1958, a Estados Unidos se le hizo evidente que Fulgencio Batista estaba a punto de caer; la única esperanza del presidente Dwight D. Eisenhower descansaba en hallar una “tercera fuerza”, sin compromisos con Batista ni con el Movimiento 26 de Julio. Los recursos de la CIA y el Departamento de Estado se desplegaron en función de ello, pero los intentos no fructificaron. En diciembre la incertidumbre resultaba abrumadora. A las 3:40 pm del día 31 la CIA, el Departamento de Estado y la Secretaría de Defensa se reunieron al más alto nivel, para evaluar la situación: “Batista se preparaba para huir de Cuba; y una posible acción de Estados Unidos, incluyendo la intervención directa de los marines [...], estuvo entre los tópicos que se discutieron. Se recomendó que Estados Unidos asumiera la responsabilidad de nombrar los miembros de una Junta para sustituir a Batista, en lugar de permitir que Fidel Castro y sus seguidores tomaran el poder del gobierno” (Pfeiffer, 1979: 16). Al final, convinieron mantener la calma y esperar por la evolución de los acontecimientos, debido a que no tenían certeza sobre la filiación política de Fidel.

El júbilo tras el triunfo del 1.º de enero de 1959 desbordó las calles de todo el país. La Revolución devolvió la fe a un pueblo alegre, digno, heroico... y vindicó a aquellos mambises a quienes, en 1898, el Ejército de Estados Unidos les impidió entrar en la ciudad de Santiago de Cuba, luego de que España se rindiera.

El 19 de abril de 1959 Fidel se reunió en Washington con el vicepresidente Richard Nixon, un político habituado a sermonear a los mandatarios latinoamericanos sin importar lo que pensarán, en la tradición estadounidense de dictar los términos con que debía gobernarse en la región. En el memorando que envió a Eisenhower sobre el resultado de este encuentro, puede apreciarse a un Nixon desorientado: “...como posee la capacidad de dirigir a la que me he referido, no nos queda otra opción que tratar por lo menos de orientarlo en la dirección correcta” (Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, 2001: 50); sin embargo, el embajador en La Habana, Philip Bonsal, había captado el cambio: “...por primera vez un gobernante cubano ha visitado los Estados Unidos representando a una nación igual y totalmente soberana, libre de toda dominación o control” (Pérez Jr., 2014: 305).

La Reforma Agraria del 17 de mayo de 1959 catalizó la ruptura entre dos proyectos irreconciliables y el equipo de la CIA y el Departamento de Estado que coordinó el derrocamiento del presidente guatemalteco Jacobo Arbenz, en 1954, fue convocado a presentar el plan para destruir la Revolución Cubana. Lo demás se conoce: ruptura de las relaciones diplomáticas, aislamiento internacional, invasión por Playa Girón, sabotajes y terrorismo de Estado, bloqueo económico, Crisis de Octubre, asesinato de John F. Kennedy cuando, al parecer, estudiaba la posibilidad de entablar conversaciones constructivas... Luego el conflicto sufrió pocos cambios de fondo —con acercamiento exploratorio tendiente a la normalización durante las administraciones de Gerald Ford (1974-1977) y James Carter (1977-1981)—, pese a la voluntad del Gobierno cubano y, en especial, de Fidel, de no rechazar una negociación bilateral que diera espacio a la paz, siempre que se concibiera sobre bases de respeto mutuo e igualdad soberana.

El reconocido historiador estadounidense Louis A. Pérez Jr. ha sugerido a Estados Unidos mantener el pasado en mente cuando trata a Cuba, que ha resultado la víctima de las “largas tensiones” en las relaciones bilaterales. Sin que signifique echar andar al futuro sin zafar la vista del espejo retrovisor, resultaría, cuando menos, ingenuo, pretender que Cuba olvide 200 años de historia o desconozca un asunto de la mayor trascendencia para la nación, que, en la práctica, gravita en el fondo de este viejo conflicto: el destino de la Isla está inevitablemente asociado al desenlace de la contienda entre dos sistemas antagónicos —el capitalismo y el socialismo— en el terreno cultural.

Cuba, a la izquierda en el debate ideológico universal, en su dimensión simbólica representa un ejemplo pernicioso al proyecto hegemónico de Estados Unidos. Pareciera que el propósito manifiesto de debilitar los cimientos ideológicos que hoy sostienen la nación, apunta a intentar que un día los nuevos cubanos asistamos cabizbajos a la mesa de negociaciones, para deponer la patria y los ideales que nos legaron nuestros padres. El pueblo cubano tiene conciencia de este desafío; aunque, como apuntó Fidel, la desconfianza no encarne “un rechazo a una solución pacífica de los conflictos o peligros de guerra” (Castro, 2015).

Bibliografía

Buch, Luis M. y Reinaldo Suárez (2009): *Gobierno Revolucionario Cubano. Primeros pasos*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.

Castro Ruz, Fidel (2015): “Para mis compañeros de la Federación Estudiantil Universitaria”, *Cubadebate* (La Habana), 26 de enero. Disponible en: <http://www.cubadebate.cu/noticias/2015/01/26/fidel-castro-para-mis-companeros-de-la-federacion-estudiantil-universitaria/>

Ibarra Cuesta, Jorge (2011): *Los variados caminos de la historia*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.

Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado (2001): "Girón. 40 años después. Conferencia de académicos y actores históricos cubanos y norteamericanos", La Habana, 22-24 de marzo de 2001. *Materiales de Información*, carpeta no. 2.

Pérez Jr., Luis A. (2006): *Ser cubano. Identidad, nacionalidad y cultura*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.

_____ (2014): *Cuba en el imaginario de los Estados Unidos*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.

_____ (2015): "Estados Unidos necesita mantener el pasado en mente cuando trata a Cuba", *Newsday* (Long Island), 5 de febrero. Disponible en: <http://www.newsday.com/opinion/oped/us-needs-to-keep-past-in-mind-with-cuba-luis-a-perez-jr-1.9907498>

Pfeiffer, Jack B. (1979): *Historia oficial de la operación de Bahía de Cochinos: evolución de la política anti-Castro de la CIA (de enero de 1959 a 1961)*, Washington DC, Documento desclasificado por la CIA, vol. III, 1998. En Archivos del Centro de Investigaciones Históricas de la Seguridad del Estado.

Portell Vilá, Herminio (1939): *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España*, La Habana, Jesús Montero Editor.

Roosevelt Theodore (1910): *Presidential Addresses and State Papers*, New York: The Review of Reviews Company.

Secades, Eladio (2010): *Estampas*, La Habana, Ediciones Unión.

Thomas, Hugh (2013): *Cuba. La lucha por la libertad*, Nueva York: Vintage Español.

Vitier, Cintio (2008): *Esses de mundo moral*, La Habana, Ediciones Unión.



Publicación digital de la Comisión de Cultura y Medios de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, en colaboración con la Asociación Hermanos Saiz y el Ministerio de Cultura.

Consejo Editorial: César Gómez Chacón, Magda Resik, Luis Morlote, Rolando Pérez Betancourt, Paquita Armas Fonseca y Elier Ramírez.

Estos textos pueden ser reproducidos libremente (siempre que sea con fines no comerciales) y se cite la fuente.

Sus colaboraciones y sugerencias puede enviarlas a: sedicecubano@uneac.co.cu